



TERROR

César Torre



BELLEZA LETAL

BELLEZA LETAL

Título Original: *Belleza Letal*

©1977, Torre, César

©1977, Editorial Andina, S.A.

Colección: Terror 68

ISBN: 9788406006802

Generado con: QualityEbook v0.80

CAPÍTULO 1

ED Norman, cartero rural de Grise, en el distrito de los Lagos, al Norte de Inglaterra, había sustituido su bicicleta por una moto de campo, conseguida del Servicio con hábiles adulaciones a su jefe, y que, clandestinamente, empleaba los domingos para dedicarse al «moto-cross» por las salvajes laderas de la comarca.

Pero cuando pasaba cerca de aquellas siniestras piedras que en otro tiempo, y según le habían explicado en el Colegio, fueron un templo solar de los «druidas», y dentro de cuyo círculo se habían celebrado las más sanguinarias y diabólicas ceremonias; o cuando se adentraba por el boscoso camino, apenas practicable para un coche, que conducía a las apartadas granjas y «cottages» lindantes con el bosque de Inglewood, y veía las ruinas de la abadía, cubiertas de yedra, entre cuyos descarnados muros silbaba el aire y donde parecían refugiarse las más salvajes alimañas, Ed se arrepentía de usar aquella ruidosa máquina, porque con la bicicleta se podía deslizarse silenciosamente, mientras que con la moto temía alarmar a todos los espíritus, fantasmas y seres malignos que debían rondar el círculo mágico de los «druidas» y las ruinas de la abadía, atrayendo sobre sí su ira.

Naturalmente, nunca había visto otra cosa que no fueran comadreas, ardillas e incluso, fugazmente, algún jabalí. Pero Ed había nacido en la región de los Lagos, y por ello conocía los miles de leyendas, siempre siniestras, referidas a aquella zona de los bosques, las ruinas y los diversos tipos de fantasmas.

Iba por el camino del bosque a hacer el reparto de la correspondencia llegada de Londres. Tras de su asiento, dos alforjas de cuero repletas de correo.

—Comprendo que los granjeros vivan donde tienen sus tierras, pero estas gentes de la ciudad que compren viejas casas en este lugar..., ¡sí yo pudiera irme a Londres...!

Se refería especialmente al Coronel Cecil Savaje, la placa anunciadora de cuya casa acababa de ver, colocada sobre un poste pintado de blanco, a la derecha: «Walpole Manor. Coronel Savaje».

El letrero indicaba un camino de grava, bien cuidado, al fondo del cual el bosque se abría en una pradera muy verde. Ed metió por el

camino su ruidosa moto. Una vez en la pradera siguió por un sendero de losas, hacia la casa de piedra, de dos plantas, cubierta de barda, muy inglesa, que realmente no merecía el pomposo apelativo de «manor», es decir, hacienda. Era más bien una residencia muy hermosa, no lujosa, aunque rodeada de un jardín magnífico, de invernaderos de aluminio y cristal, de viveros cuidadísimos, porque el Coronel Savaje era algo más que un aficionado a la jardinería, ya que había obtenido premios importantes en exposiciones de todo el país.

Ed detuvo su moto ante la casa. Abrió la antepuerta y luego tocó en el pulsador del timbre.

Un perro ladró al otro lado de la casa. Después la puerta de roble se abrió, apareciendo un caballero de rostro muy colorado, pelo blanco. Era fuerte, saludable, y conservaba, quizá un poco afectadamente, su aspecto de viejo colonial. Naturalmente, tenía una pipa en la mano izquierda y un pañuelo al cuello. Por lo demás vestía pantalones y chaqueta de punto, más bien gastados.

Sonrió al cartero.

—Buenos días.

—Buenos días. Coronel. Esta vez hacía mucho que no venía por aquí.

—Tenemos poco correo. Le ofrecería una taza de té, joven, pero tengo a mi esposa otra vez indispuesta. Los malditos nervios. ¿Qué es eso?

El cartero había sacado de sus alforjas un paquete de mediano tamaño, envuelto en papel de extraño color metálico.

—¡Yo diría que se trata de un regalo! ¡Y viene nada menos que del Caribe! ¿No está por ahí este país, Barbada? ¡Vaya unos sellos curiosos!

El Coronel Savaje se sorprendió.

—¿De Barbada? ¡Debe ser de mi primo Guilford, acordarse de mí después de tantos años! Sí, está en las Antillas. Una pequeña isla de raras costumbres y muchas supersticiones. Mi primo Guilford se fue allí de joven tiene enormes plantaciones, factorías..., vaya, es el potentado de la familia.

—Pues le enviaré un buen regalo. ¿Quiere firmar, Coronel?

Savaje firmó. Estaba impaciente, era hombre curioso.

Cuando el cartero se alejó con su ruidosa máquina, cerró la puerta, corriendo a donde estaba su esposa. Helen Savaje sufría frecuentes crisis de nervios, que la volvían entre irritable y deprimida. En aquellos casos se tendía en la cama, con la habitación a oscuras.

Savaje entró en el cuarto, diciendo.

—Anímate, Helen, tenemos una novedad. ¿Sabes quién se ha acordado de nosotros? El primo Guilford, el de Las Antillas. Nos ha

enviado un paquete. ¿No tienes curiosidad por verlo?

Helen se incorporó, musitando:

—Descorre las cortinas...

Era una bella mujer, aunque agotada por su enfermedad. Sonrió al marido, al que adoraba, mientras él desataba el paquete y desenvolvía varios papeles hasta descubrir una fuerte caja de cartón. Mientras lo hacía, hablaba:

—Casi no recuerdo su rostro, tenemos en alguna parte fotografías tuyas. Se fue a Las Antillas por un disgusto juvenil, algo de una chica esquiva y, ya ves, hizo una gran fortuna. De vez en cuando una tarjeta por Navidad, y ahora nos envía un regalo... Seguramente...

Abrió la caja. En su interior un pliego de papel doblado, una bolsa de tela conteniendo lo que parecían pequeñas bolas, y un pequeño joyero. En el joyero un reloj valioso, algunas otras joyas menores de hombre, un par de anillos, una botonadura de perlas... Realmente sin demasiada importancia.

Savaje leyó la carta, ya que se trataba de una carta escrita por su primo. Luego se la pasó a su esposa.

—¡Pobre Guilford, resulta que las cosas no le van bien, al parecer está muy enfermo! Por eso se ha acordado de nosotros; cuando está uno enfermo hace repaso de su vida y..., ¡pobrecillo! Lo siento, ya ves, aunque apenas le recordara. Lo más curioso es lo que dice de estas bolitas. Es curioso, no teníamos contacto, y sin embargo sabe que soy muy aficionado a la floricultura. Al parecer vio mi retrato en alguna revista especializada. ¡Qué pena lo que le sucede!

—Sí, y escucha lo que dice de esas semillas: «Se trata de una planta que los nativos de la Isla tienen en mucho aprecio y algo misteriosa, sólo la cultivan clandestinamente, en lugares escondidos. He conseguido estas semillas, ellos dicen que son más valiosas que el oro. Su flor es asombrosa, seguramente deslumbrarás a todos los aficionados en Inglaterra. Ni siquiera conozco su nombre...»

Mientras Helen leía, Cecil sacó un puñado de semillas. Eran negras, pesadas, parecían metálicas. Las miró con atención, oliéndolas luego. Tenían un suave aroma semejante al sándalo. Las volvió al interior de la bolsa.

—¡Que cosa más extraña! Además, no me dice nada de su época de plantación, claro que si son tan misteriosas..., en fin, las pondré y seguramente no saldrá nada. El primo Guilford..., voy a ver si encuentro un álbum donde había fotos de él. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, mejor..., me ha distraído este paquete. Y estas cosas son personales, el reloj tiene una inscripción. ¿Por qué te lo mandará a ti?

—Porque soy un hombre famoso, el más famoso de la familia; mi retrato aparece en las revistas de floricultura, ya lo sabes. Tenemos

que escribirle, interesarnos por su salud, me da la impresión de que debe estar solo.

El Coronel se fue a buscar entre sus libros y papeles las viejas fotos familiares. Su esposa, recostada en la cama, volvía a leer la carta.

* * *

La verdad fue que, pasado el primer momento en que la carta llegada del lejano pariente de un lejano país del mundo agitará un poco la tranquila vida de «Walpole Manor», el Coronel Savaje y su esposa olvidaron por completo al primo Guilford. Las cosas personales fueron guardadas en un cajón, y en cuanto a las semillas olorosas, Savaje las plantó donde le pareció más oportuno y para su sorpresa nacieron. Y muy pronto.

En principio semejaban plantas de tabaco, de hojas anchas y muy verdes, de un verde brillante. El Coronel anotaba en su libreta de trabajo todas sus características, su desarrollo. Era una libreta de tapas de plástico rojo que guardaba en el gran bolsillo de su chaqueta de jardín, una especie de prenda militar que siempre vestía. En la misma libreta, no sabía por qué, tenía, doblada, la carta de Guilford. Era para no olvidarse de que debía contestarla, cosa que nunca hacía en realidad.

Cuando las plantas desconocidas y que no tenían en apariencia nada de misteriosas, salvo un rápido desarrollo, se elevaron un par de palmos, Helen dijo que eran muy decorativas.

—Yo creo que harán una bonita bordura. ¿Por qué no las pones en torno a la casa? Van a tener hojas casi todo el año, ya lo verás.

—Para mí que es una especie de orquídea, pero seguramente en este clima no florecerá.

Como complacía en todo a su esposa, el Coronel las trasplantó, colocándolas junto al muro de la casa, en los pequeños bancales bordeados con piedras de río.

Observó algo muy curioso. Ni una sola de las plantas cambiadas de su asiento, y eso que ya estaban bastante altas, se secó.

—Parece que se trata de una especie muy dura. Podría resultar si se habitúa al clima; no cabe duda que es decorativa. ¿Sabes? Voy a dedicarlas más atención. Investigaré sobre ellas, he prometido un artículo para «Jardín y Campo». Podría lucirme presentado algo nuevo.

—¡Oh, sí, le darían tu nombre!

—O el tuyo, querida... Pero antes tenemos que cerciorarnos de que no está clasificada en los catálogos, pediré unos libros a Las

Antillas. Sería lamentable hacer el ridículo, puede que allí sean muy vulgares.

—El primo Guilford, que vive en esa isla hace muchos años, no lo piensa así.

—Se lo preguntaré a él. Aunque, la verdad, si está enfermo, parece un poco frívolo preguntarle por plantas y flores —dijo el Coronel—. Tengo que escribirle..., quizá necesita nuestra ayuda. ¿No has pensado que su carta podía ser una disimulada petición de ayuda?

—Estando en su situación..., sí, podría ser. Pero, ¿nos encontramos tan lejos...!

El matrimonio Savaje se puso triste. No eran especialmente bondadosos, pero sí sentimentales.

CAPÍTULO 2

EN el pequeño aeropuerto de Silloth, al Norte de la Región de los Lagos, no había grandes servicios, pero naturalmente se podía alquilar un coche.

Fue lo que hicieron cuatro viajeros que habían llegado en un avión de Londres y que desembarcaron un gran equipaje.

Eran ingleses, indudablemente, pero por sus ropas y por su modo de hablar, incluso por el alto tono de su voz, se denunciaba en ellos a viajeros procedentes de sitio mucho más lejano que Londres.

También sus rostros, tostados por el sol, les relacionaban con lugares tropicales. Nada más llegar a la oficina de la empresa de coches de alquiler, iniciaron un pequeño alboroto.

Al más joven, un muchacho de unos veinte años, no le gustaban los coches disponibles.

—¿Es que no tienen otra cosa, amigo? ¿Qué clase de lugarejo es éste? —dijo, con insolencia—. No podemos meternos en esa caja de zapatos que nos ofrece...

—Los señores vienen de América, están acostumbrados a grandes vehículos... —dijo el empleado de la Agencia, queriendo ser amable.

—Ahórrese sus comentarios y busque un coche mayor. Lo queremos para una larga temporada —dijo el joven.

Eran dos hombres y dos mujeres. Por sus paquetes, el empleado sabía que se trataba de un matrimonio con sus dos hijos. El padre intervino:

—Cállate de una vez, Charles. ¿Tiene o no tiene el coche, señor?

—Puedo conseguirles un Ford grande si tiene la bondad de esperar una media hora. Mientras, podemos extender los documentos.

—Servicio superrápido —dijo Charles—. El tipo tiene ideas de alto ejecutivo.

La muchacha se echó a reír con burla. Era muy bonita, pero había en sus ojos un permanente brillo de insolencia que la hacía desagradable.

La madre, que parecía un poco indiferente y cansada, dijo:

—Basta de gracias, Charles. Consíganos ese coche, se lo agradeceremos.

El empleado pasó a otro despacho y le oyeron telefonar. Cuando

salió para decir que el coche estaría allí en quince minutos, el jefe de la familia discutió con él las condiciones, pagó la garantía y firmó varios papeles. Luego le dijo:

—Haga el favor de indicarme en este mapa cuál es el mejor camino para un lugar que se llama Grise.

—¡Oh, precioso sitio para unas vacaciones! ¡Puedo recomendarles un buen hotel! Le daré el nombre de nuestro agente de allí...

—Si Grise es más pequeño que esto, su agente será aún más inepto que usted —dijo el joven.

La muchacha volvió a reír. Sin duda reía cada vez que su hermano se mostraba grosero. El empleado la miró fríamente y ella dejó de reír, diciendo:

—No me gusta esa expresión, amigo. ¿Es que nos considera poco elegantes? ¿Quiere que mi hermano le dé una pequeña lección?

La madre, sin mucho interés, mirando a través de la ventana, riñó a la joven:

—Linda, recuerda que no estamos en la Isla. Aquí la gente no va a comprender tu sentido del humor. Charles, lo mismo te digo.

Charles empezó a silbar. Con su hermana se apartó un poco del mostrador y estuvieron riendo, haciendo en voz baja comentarios ante los carteles turísticos. El padre atendía las explicaciones del empleado, trazando sobre el mapa de carreteras la ruta. Al fin llegó un chico con unas llaves. El coche estaba en el aparcamiento de la Agencia.

—No necesitamos hotel —le dijo al empleado—. Vamos a casa de unos parientes. Le mandaré un cheque cuando venza el primer plazo. O se lo daré a su hombre en Grise.

Salieron los cuatro. Los padres delante. Los jóvenes continuaban riendo. El empleado estuvo viendo cómo colocaban su equipaje en el coche, parte en el maletero, parte en la baca. Cuando al fin se alejaron, el empleado musitó:

—La verdad, no me gustaría ser uno de esos parientes en cuya casa van a alojarse. ¿De dónde diablos habrán salido esos tipos? Bueno, esa isla Barbada debe estar en Las Antillas. Seguramente serán de esos que hacen enormes fortunas, pero, la verdad, parece que no han sabido digerirlas...

* * *

Una tal señora Seymour acudía a la casa de los Savaje tres veces por semana, para hacer la limpieza. Llegaba en un coche destartado, repleto de paquetes, pues traía las compras que la señora Savaje le encargaba por teléfono, y pasaba el día en la casa, armando un ruido horrible con aparatos eléctricos, sacudidores y cosas por el estilo.

Casi siempre Helen se escondía en su cuarto, porque la señora Seymour acompañaba su trabajo con un incesante parloteo que le levantaba dolor de cabeza.

A veces la acompañaba un nieto, que perseguía a todos lados al Coronel y le ayudaba en el jardín, recogiendo hojas secas y cosas por el estilo.

Un día de otoño, mientras la señora Seymour manipulaba la aspiradora en la sala, el niño, en cuclillas, observaba cómo el Coronel podaba con mimo, contando los botones que debía cortar, unas hortensias.

Tenía siete años y era muy listo...

—Si me dejas la tijera, yo lo hago —decía.

—No, Bob. Mira, vete a buscar un rastrillo, así podrás recoger lo que yo corto.

El niño salió corriendo hacia el barracón de las herramientas. Cuando dio la vuelta a la esquina, se detuvo porque una de las plantas del borde, de aquellas cuyas semillas habían llegado del trópico, parecía caer sobre el camino, por encima del borde de cantos.

El niño se inclinó, levantándola. Luego quiso afirmarla, apretando la tierra. Y mientras lo hacía, sucedió algo extraño.

Las plantas de grandes hojas verdes y que ya medían casi un metro de altura, tenían unos zarcillos oscuros, del mismo color de las semillas.

¡Y uno de aquellos zarcillos estaba moviéndose lentamente, reptando por el suelo, sobre la tierra, acercándose al niño!

Bob abrió mucho los ojos, quedando quieto. Las manos apoyadas en la tierra. Miraba al rizoma, que avanzaba hacia él, suavemente. Primero el extremo, que se abría en dos pequeñas lenguas, rozó una mano del niño, y los movimientos cesaron.

Bob no tenía miedo. Iba a contárselo al Coronel. Inició el movimiento para levantarse.

Entonces el zarcillo pareció saltar hacia adelante y se enroscó en un brazo del niño, tensándose con la fuerza de un alambre.

Bob lanzó un grito, intentando apartarse. Pero el negro tentáculo, tiraba de él. ¡Le conducía hacia el interior, al frondoso corazón de la planta, de anchas hojas! Y mientras eso sucedía, las hojas se movían tratando de envolverle.

Bob volvió a gritar. El Coronel Savaje apareció a la carrera, aún con la tijera de podar en la mano.

Bob había caído ya al suelo, parecía cubierto por las anchas hojas. El Coronel se abalanzó sobre él y, de un golpe le tijera, cortó el rizoma aéreo.

Fue todo tan inesperado, que no tuvo tiempo de examinar nada.

Pero le pareció que el rizoma cortado se agitaba un instante.

Cogió al niño, que lloraba, poniéndole sobre la acera. Tenía en torno a su brazo derecho un trozo de aquella especie de liana, que estaba aflojándose, poco a poco. En la parte cortaba brotaba una gota de jugo oscuro, muy oloroso.

—Vamos, Bob, no llores, te has enredado en esa planta.

El niño, ya sentado, se miraba la muñeca. En ella quedaba una marca rojiza, como irritada, de la que estaba a punto de brotar la sangre. Pero estaba desapareciendo rápidamente.

—¡Me cogió por una mano! —decía el niño—. ¡Te digo que me quería meter ahí dentro!

—Bob, las plantas no cogen a nadie. Míralo, es como las lianas de la selva, parece una fuerte cuerda, pero ya ves cómo la he cortado y no ha sucedido nada.

La señora Seymour se asomó por una ventana. Había oído llamar al niño.

—¿Qué hace ese diablillo? ¡No permita que le maree, Coronel!

—No es nada, se enredó en una planta. Anda, Bob, ve a buscar ese rastrillo.

El niño se fue, acariciándose el brazo agredido. El Coronel esperó a que la señora Seymour desapareciera de la ventana y entonces se inclinó sobre la planta, examinándola.

Tomó algunos zarcillos. Eran flexibles y desde luego estaban completamente inmóviles. Tomó el trozo que había rodeado el brazo del niño. No tenía nada especial, salvo el penetrante olor y aquel jugo que no era resina ni parecía savia.

—Debió tirar con fuerza al enredarse y se marcó la piel.

El Coronel se alejó, pero de vez en cuando volvía la cabeza y miraba, suspicaz, la quieta planta.

* * *

Unos días después del pequeño incidente con el niño, el matrimonio estaba en la salita de su casa. El Coronel examinaba unos catálogos de plantas que había recibido aquel día por correo. Helen tejía ganchillo. Era de noche.

De pronto su perro, que solía ser apacible y silencioso y que a aquellas horas dormía en su perrera, en la parte posterior de la casa, empezó a ladrar.

El Coronel alzó la cabeza.

—No hay luna. ¿Qué habrá podido asustarle?

—Algún topo. No te preocupes.

El perro volvió a ladrar. Ahora lo hacía con rabia, como si se

enfrentase a algún enemigo. Savaje movió la cabeza.

—Sí, debe estar peleando con alguna alimaña. No me gusta, siempre temo que le pueda morder un animal con rabia. Ya sabes que hay mucha en los zorros, y...

El perro aullaba. De un modo terrible. La señora Savaje dejó caer a la alfombra su labor, murmurando:

—¡Dios mío! ¡Le están matando, Cecil!

El Coronel se puso en pie, dirigiéndose a la puerta. Su mujer le contuvo.

—¡No salgas, no salgas, al menos sin un arma!

El perro volvía a aullar. Y luego emitió un largo y agudo gemido. El Coronel, bastante nervioso, se fue a su despacho, saliendo de él con un revólver de reglamento y una pesada linterna eléctrica.

—No salgas, no abras la puerta hasta que regrese yo —advirtió.

El perro había enmudecido por completo cuando el Coronel salió de la casa. La noche era oscura y Cecil Savaje se dirigió con paso rápido a la parte posterior. Naturalmente la perrera estaba vacía. La iluminó con la linterna y empezó a llamar al perro.

El animal no aparecía. Ahora todo era silencio. Savaje fue pasando el rayo de luz de su linterna por los sitios que el perro solía concurrir. Luego se alejó un poco por la pradera.

Nada. Quizá hubiera huido hacia el bosque. Lo que era extraño, porque el perro, muy asustadizo, como casi todos los perros, raramente se separaba de la casa de noche.

—Es inútil, le buscaré cuando salga la luz —se dijo.

Se dispuso a volver. Estaba muy disgustado, ya que tenía gran cariño a su perro. Cuando daba vuelta a una esquina, oyó un ruido leve. Un ruido de maleza.

—Está aquí, puede que herido. ¡Pobre bicho!

Alzó el revólver, por si aparecía alguna alimaña. Y con la mano izquierda enfocó la linterna sobre las plantas. Se trataba precisamente de las presuntas orquídeas de Las Antillas.

Sí, se movían las hojas. El Coronel, apretando los dientes, se aproximó más.

Las anchas hojas se curvaban, lentamente. El Coronel adelantó el revólver, apartando con el cañón algunas de ellas y lanzando hacia el interior la luz de la linterna.

Estuvo a punto de gritar. Allí estaba el perro, tendido sobre la negra tierra. Vio sus ojos muy abiertos, que parecían mirarle. La boca apretada, con los labios recogidos, dejando los dientes al descubierto.

Estaba muerto, desde luego. El cuerpo parecía casi partido en dos y hundiéndose en el pelo, dos largos y negros cordones, dos zarcillos de las plantas, que se habían enroscado en el animal.

El Coronel murmuró:

—¡No, no es posible...!

La planta entera continuaba moviéndose. ¡Y algunas de las hojas mostraban los bordes empapados en sangre, que goteaba hasta el suelo!

Había mucha sangre sobre el cuerpo del animal, en parte despellejado, mostrando tejidos que habían sido desgarrados como con golpes de cuchillos. El Coronel, que no era cobarde, sintió un mareo al comprender la terrible verdad.

—Las plantas..., le han matado las plantas, es... horrible...

Las hojas volvían a inclinarse sobre los restos del perro. Y nuevos rizomas reptaban sobre la tierra, avanzando hacia el animal, para atenzarle.

Savaje había visto plantas carnívoras, cazadoras de insectos. Pero aquello era distinto. No eran plantas carnívoras, que envuelven en sus flores un animalillo y lo destruyen. ¡Eran plantas asesinas, no estaban consumiendo al animal, solamente destruyéndolo, estrangulándolo, despedazándolo!

Dominado por la furia empezó a golpear la planta con el revolver. Las hojas retrocedían, como tratando de defenderse. Le fue muy difícil romper los rizomas, pero pudo por fin hacerlo, apartando el cadáver del perro y sacándolo a la acera.

Aun algún zarcillo se agitaba en el aire como buscando una presa. Cecil Savaje murmuró:

—Las arrancaré todas, mañana mismo ¡Cuanto antes! ¡No me importa su interés, las arrancaré todas!

Llevó el sangrante despojo del perro a la perrera, para enterrarlo también por la mañana. Estaba asustado, muy asustado.

CAPÍTULO 3

LA señora Savaje aceptó muy mal la muerte del perro, que su marido le contó falseando la causa, para no asustarla demasiado, achacándola al ataque de otro animal que no había podido ver.

—Seguramente otro perro, uno de esos que viven en estado salvaje en los bosques. Prefiero que no lo veas, Helen. Ya te compraré otro.

La señora se puso muy nerviosa y se acostó, después de tomar un tranquilizante. Podía ser el comienzo de una crisis que durase varias semanas. Cecil lo sabía y se preocupó mucho.

Se fue a la cama después de asegurar bien todas las ventanas. Por primera vez desde que comprara aquella apartada casa, al regreso de Rhodesia, se sentía inquieto y percibía un halo de peligro, había adquirido conciencia de vivir en un lugar salvaje, lejos de la civilización, rodeado de sombras y peligros.

—Esas plantas asesinas..., el primo Guilford sin duda no conocía sus verdaderas condiciones. Pero..., yo jamás he leído algo de plantas semejantes. Sería quizá oportuno conservar unas, en sitio apartado, cercadas, y estudiarías..., pero mañana arrancaré todas las que rodean la casa.

Desde su habitación, en el piso alto, asomándose a la ventana, estuvo contemplando las extrañas plantas. Parecían inofensivas, quietas, despidiendo un suave y agradable olor. Savaje cerró al fin, porque su esposa le llamaba.

* * *

Por la mañana, mientras Helen, que apenas había dormido, continuaba acostada, Cecil enterró al perro junto al bosque, en una fosa profunda que después de cerrar cubrió con piedras, para que no fuera desenterrado por los carroñeros.

Después regresó a la casa, subió a ver a su esposa. Aquel día no vendría la señora Seymour.

—Voy a estar cerca de la casa. Si quieres algo, usa la campanilla, la oiré.

Ella asintió, sonriendo. El Coronel salió de nuevo de la casa. El

día era gris, un poco frío. Estaba próxima la época de las lluvias.

Cecil Savaje amaba las plantas, naturalmente, había dedicado a ellas su vida. Por eso siempre sentía dolor por tener que arrancar alguna, aun cuando fuera en beneficio de las demás. Por eso, al verse obligado a «matar» a todas aquellas espléndidas plantas tropicales de tan magnífico aspecto, le costaba un gran esfuerzo. Pero, recordando la espantosa escena de la noche anterior, olvidó sus reservas.

—No lo comprendo, sé que es imposible, las plantas no matan, no tienen movimientos conscientes, quizá tuve una alucinación.

Antes de ir a colocarse las ropas de trabajo y recoger las herramientas, volvió al lugar donde había encontrado al perro. Allí el aroma era más intenso. Las grandes hojas se balanceaban suavemente. Apartó las de delante.

No era imaginación ni pesadilla. La sangre continuaba sobre la tierra, y algunas de las hojas la tenían en los bordes. Los rizomas partidos estaban allí, y los otros, los intactos, yacían sobre la tierra, inofensivos y quietos.

Toco el borde de las hojas. Era sorprendente; pese a su flexibilidad, tenía una dureza de acero, cortaba la piel fácilmente.

Mientras se miraba la mano, oyó un leve ruido. ¡Uno de los zarcillos o rizomas aéreos de la planta se estaba moviendo, se acercaba a él, con movimientos que parecían taimados!

Savaje se incorporó rápidamente, apartándose. Ya no dudaba, iba a destruir aquellas malditas plantas, inmediatamente.

En aquel momento oyó el ruido de un motor de coche. Parpadeó, no podía ser la señora Seymour, pero sí alguno de los raros vendedores de cachivaches que se aventuraban a aquellas apartadas residencias.

Apareció el coche saliendo del camino del bosque. Era grande. Savaje fue caminando hacia la entrada de la casa, mientras el coche iniciaba el giro para detenerse ante el pequeño porche.

El Coronel esperaba entre curioso e irritado. Le molestaban las visitas, no había elegido aquella apartada casa para hacer vida social. Aun así, como era hombre cortés, sonrió al hombre que descendía del coche y que preguntaba:

—¿No nos hemos perdido? ¿Es usted el Coronel Savaje?

—Sí, yo soy.

El hombre se volvió hacia el coche, gritando con alborozo:

—¡Mamá, Charles, Linda! ¡Ya hemos llegado, este es el primo Cecil! ¡Bajad de una vez!

Cecil Savaje dio un paso hacia atrás, sorprendido. Mientras tanto, del coche había descendido una hermosa mujer de fría mirada y dos jóvenes altos y alegres, que reían y hablaban a voces.

Todo en aquel grupo era ruidoso y llamativo y Cecil Savaje percibió una sensación de alarma y de desagrado. La mujer alta se había acercado a él, besándole. Luego el hombre tomó su mano, agitándola con fuerza.

—¡Soy Samuel Cauley, tu primo Samuel! ¿No me recuerdas? Nos vimos hace años en Londres, antes de que partiéramos para las Islas. Bueno, primo un poco lejano. ¿Es posible que lo hayas olvidado? Tú habías regresado de África y yo me iba a Las Antillas para trabajar con Guilford. Bueno, pues ya estamos de regreso, figúrate, lo primero que me dije fue: ¡Haremos una visita al Coronel! Esta es Levenia, mi esposa. Y los chicos. Charles y Linda. ¡Vamos, salud al Coronel!

Charles, que estaba sacando del coche maletas y fardos, saludó, con un ademán, diciendo:

—¡Hola, Coronel! ¿De verdad es usted Coronel o se trata de una broma?

Linda se abalanzó sobre él, besándole en la boca, de forma poco familiar. Al separarse y darse cuenta de la turbación del Coronel, guiñó un ojo, echándose a reír.

La esposa de Samuel Cauley miraba todo con frialdad. Observaba especialmente al coronel. Dijo:

—Estos chicos son un poco ruidosos, discúlpalos, Cecil. Son los modos que se adquieren en las Islas. Ya sabes, mucho ruido, calor exuberancia... ¿Dónde está tu esposa?

Cecil Savaje continuaba desconcertado. Charles, tranquilamente, y sin esperar la menor invitación, estaba metiendo en la casa el equipaje. La señora Cauley, que seguía observándole, sonrió.

—Naturalmente aceptaremos tu invitación para hacerte compañía el fin de semana. Ya puedes suponer cuánto nos ha hablado de ti Guilford. Linda, ayuda a tu hermano.

Samuel estaba mirando en torno suyo. Murmuró:

—Precioso lugar. Aceptaría un trago, no creas que no nos ha costado trabajo encontrarte, estás muy escondido. ¡Cualquiera diría que huyes de la Policía! ¡No serás tú uno de esos tipos que tanto buscan por el robo aquel del tren, ¿eh?!

Dio una palmada a Cecil. El Coronel trataba de poner en orden sus ideas. ¿El fin de semana? ¡Pero si era martes! Samuel esperaba que le contestara; al fin el Coronel sonrió con cierto esfuerzo.

—Perdona, pasad, me alegro mucho de veros, claro. Helen está en la cama, un poco enferma, pero ya la veréis.

Samuel cambió una rápida mirada con su esposa. Cogieron al Coronel cada uno por un brazo, entrando con él en la casa.

Charles y Linda ya estaban en la sala, mirándolo todo con la mayor tranquilidad. Charles, abriendo incluso armarios y cajones.

Arriba sonaba la campanilla de Helen, y el Coronel dijo:

—Perdonad, es mi esposa, debe querer saber quién ha llegado.

Samuel miró a su mujer intencionadamente, y ella se apresuró a decir:

—¡Te acompaño, Cecil, así la saludo! ¡Si está dispuesta puede necesitarme! ¿Tenéis..., servidumbre?

—Una señora viene a limpiar algunos días. Hoy no.

Levenia cogió al Coronel del brazo, amistosamente, ascendiendo con él por las escaleras. Apenas desaparecieron, Samuel se volvió hacia sus hijos.

—¡Más cuidado! ¡No seas imbécil, pórtate con más discreción Charles!

Charles había encontrado una botella de Oporto y estaba destapándola. Bebió de ella directamente.

—¡Bah, esto es el fin del mundo! ¿Para qué molestarnos en disimular? Hará lo que nosotros queramos, ya lo has oído, no tienen servidumbre.

Linda apoyó a su hermano:

—Después de todo, tendrá que obedecer cuando llegue el momento. Más vale que los dos se den cuenta de que somos ahora los amos, ¿no? ¿Cuánto tiempo crees que tardará en morir de una vez el primo Guilford?

Samuel le quitó la botella a su hijo, bebiendo un largo trago.

—¡Bah, esto es para mujeres! Cualquiera lo sabe, los médicos le daban un mes y aún vive. Mirad ese retrato del Coronel. ¿No creéis que nos parecemos un poco?

Se refería a un retrato al óleo de Cecil Savaje que estaba colgado sobre la chimenea. Linda rio.

—Mucho, pá. Sólo que tú nunca has tenido uniforme.

—Dentro de poco tendré todo lo que se me antoje. De todos modos, Charles, no quiero violencias gratuitas. Haz el favor de contener tus nervios. No quiero que...

—Regresa el Coronel —dijo Linda—. Cuidado,

Cecil y Levenia descendían por la escalera. El Coronel tenía el gesto firme. Samuel lo notó y tensó las manos, porque eso significaba dificultades.

—Helen está maravillosa —dijo Levenia—. Es una mujer encantadora. Vamos a ser muy buenas amigas.

—Bueno, tendréis tiempo de conocerlos —dijo Samuel alegremente—. ¿Te importaría decirles a los chicos dónde están nuestras habitaciones para que lleven las maletas?

Cecil Savaje miró la descorchada botella de Oporto. La reservaba para el aniversario de su esposa.

—Lo siento, Samuel. Es que no tengo habitaciones de invitados preparadas. Os agradezco mucho vuestra visita; cuando Helen esté bien, y si continuas por esta comarca, tendremos mucho gusto en invitaros un día a comer. Pero ahora..., en Grise hay un buen parador, si vais de mi parte os darán...

Samuel enrojció. La muchacha, Linda, lanzó una de sus burlonas carcajadas.

—¡Te están despidiendo, padre, como a un visitante molesto! ¡No han olvidado que eres el primo pobre de la familia!

Samuel la tranquilizó con un gesto.

—Verás, Cecil..., me temo que no te has dado cuenta de la situación. Hemos venido de muy lejos, nada menos que de las Antillas..., luego esa horrible carretera..., vamos a quedarnos, no necesitamos comodidades, aunque sea en los divanes...

Cecil, ya sin titubeos, negó:

—No, es imposible. Mi esposa está enferma..., no podéis quedaros de ningún modo. La verdad, ni siquiera sé si sois realmente parientes míos, pero eso no importa, vivimos aquí retirados, de un modo sencillo, no podemos aceptar visitantes, os ruego que no insistáis, no es posible...

Charles pareció saltar para abalanzarse sobre el Coronel. Mientras se movía se oyó un siniestro chasquido y en su mano derecha apareció una larga navaja de resorte, que acababa de ser disparada. Con la mano izquierda cogió a Cecil por la ropa, colocándole bajo la barbilla, sobre el cuello, el agudo extremo de la navaja. Pegando su rostro al del dueño de la casa, masculló:

—¡Viejo, más vale que olvides toda esa palabrería, hemos venido a quedarnos y nos quedaremos; si no hay habitaciones bastantes, peor para ti, dormirás en un diván! ¡Linda! ¡Saca a la querida prima Helen de la cama, necesitamos esa habitación para los papás!

Linda sonreía. Levenia sonreía y Samuel sonreía. Levenia dijo:

—No seas violento. Charles. No me gusta que saques esa navaja de pandillero en cuanto te irritan. Vas a matar a alguien cualquier día..., otra vez...

Siguió un silencio. Charles continuaba sujetando al Coronel, mirándole a los ojos con burla. Entonces el teléfono que estaba sobre una mesita sonó levemente. Un golpe de timbre, otro...

Samuel Cauley rugió:

—¡La mujer de arriba está telefoneando, ha debido de oír algo!

Levenia echó a correr hacia la escalera. El timbre continuaba sonando. Luego oyeron arriba pasos..., una carrera. Y al poco tiempo Levenia aparecía, trayendo a empujones a Helen Savaje, envuelta a medias en una bata.

—Llamaba nada menos que a la Policía del pueblo..., ¡qué barbaridad! ¿Qué pensaría decirles? —rio Levenia.

El marido preguntó:

—¿Tuvo tiempo de decir algo? Porque si ellos recibieran la llamada aunque no hablara, podrían...

—No, no había terminado de marcar. Ella me dijo que quería hablar con la Policía. ¡Haz el favor de bajar, prima Helen!

La empujó con fuerza y Helen cayó sobre los escalones. Cecil Savaje rugiendo, quiso entonces soltarse del hombre que le sujetaba. Charles gritó entre dientes un insulto y su navaja se movió con celeridad.

Su padre le apartó rápidamente, echándole sobre un mueble. Y al mismo tiempo golpeaba a Cecil con la botella de Oporto en la cabeza.

El Coronel rodó por el suelo. Su esposa, sentada en la escalera, empezó a gritar. Charles Cauley, temblando, rabioso, saltó sobre el Coronel, esgrimiendo la navaja. Su padre le aferró por la espalda.

—¡Quieto, imbécil, le necesitamos vivo!

—¡Le voy a matar, te mataré a ti también si no me sueltas, os mataré a todos!

Parecía enloquecido. Su padre le soltó, para inmediatamente golpearlo también con la botella, que esta vez se rompió en pedazos...

Levenia se acercó a su hijo, diciendo:

—No me gusta que golpees así al chico, puedes matarle.

—Tiene la cabeza muy dura, no temas. Y le dije que debía contenerse, no voy a dejar que lo estropee todo por su maldito histerismo. Usted, señora, deje de llorar. Ahora ya están las cosas claras, ya ve lo peligroso que es irritar a mi hijo. Más vale que no lo olvide, y cuando despierte su marido, dígaselo. Ha matado a más de una persona por hacerle perder la calma. Ahora a ver si nos organizamos un poco.

Helen Savaje temblaba, sentada en la escalera. Estaba muy pálida. Susurró:

—¿Quiénes son ustedes?

—Somos parientes suyos, venimos de Barbada, no hemos mentido. Pero esperábamos mayor hospitalidad, eso es todo. Nos vamos a quedar un tiempo aquí, y no nos gustaría que llamara a la Policía de nuevo ni cosas así. No necesitaremos a su criada, va a avisarte para que no venga por ahora, hay tres mujeres en la casa...

—Si quieren dinero, si es por dinero, yo...

Linda volvió a reír. Cuando reía su belleza se hacía más salvaje.

—¡Nos ofrece dinero, pá! ¿Te das cuenta? ¡Está dispuesta a darnos dinero! ¿No es divertido?

Debía serlo, porque los tres rieron con ella. Charles empezaba a

moverse; su madre, que no era especialmente tierna, le empujó con un pie.

—Anda, levántate de una vez. ¡Tenemos trabajo!

CAPÍTULO 4

LA moto del cartero tableteaba por el camino, semejando una ametralladora lejana. Salió del bosque, avanzando hacia «Walpole Manor». Cuando detuvo la máquina, el cartero abrió sus alforjas, tomando un gran sobre y la libreta de las firmas. Y llamó en la puerta de la casa.

Abrieron rápidamente. Un hombre alto, fuerte, de rostro atezado, vistiendo una cazadora que el cartero creyó haber visto puesta al Coronel.

—¿No está el Coronel Savaje? —preguntó—. Un envío certificado para él.

Samuel Cauley, que tenía gesto áspero, sonrió.

—Yo lo recogeré. Soy su primo e invitado.

—Perdone. Tiene que firmar él personalmente, es el reglamento.

Samuel volvió a abandonar la sonrisa. Miraba al cartero con rabia, en silencio. Después dijo:

—Bien, los reglamentos son sagrados. Espere un momento.

Cerró la puerta de golpe, dejando al cartero en el porche. En la sala estaba su hija, limándose las uñas, tumbada con indolencia en un diván.

—¿Qué es?

—El cartero, necesita la firma del Coronel.

La joven se puso en pie de un salto.

—¿El cartero? ¿Puede ser lo que esperamos?

—No, maldita sea, he mirado el membrete, es de una casa de flores, este tipo sólo recibe cosas relacionadas con las flores.

—¡Pues mándale al diablo!

—No sé qué sería de todos vosotros sin mí. No podemos hacer eso, el cartero lo contaría en el pueblo, debemos evitar alarma alguna. Tráele, dile a Charles que le traiga.

Linda se fue al despacho. Se movía con indolencia tropical. Charles apareció, empujando a Cecil Savaje. El Coronel debía soportarlo todo, pues sabía que Levenia no se separaba de su esposa, en el cuarto de arriba. Su esposa, que estaba en estado de completa depresión.

—Querido primo, el cartero. Necesita tu firma. Sonríete, muéstrate amable y no se te ocurre añadir palabra alguna a la firma, porque voy a ver cómo firmas. Vamos.

El Coronel abrió la puerta. Samuel estaba junto a él, observándole atentamente. Charles más atrás, manoseando la navaja que tenía en un bolsillo.

El cartero, que estaba muy sorprendido, se tranquilizó al ver a Savaje. Le tendió el sobre y la libreta de las firmas.

—Buenos días. Coronel, no sabía que tenía invitados. ¡Magnífico día!

Savaje firmó con rapidez. El cartero, sorprendido por su silencio, quiso saber:

—¿Se encuentra bien, Coronel? ¿Y su esposa?

—Sí..., sí..., es que ella está indispuesta, perdone...

—Comprendo. Salúdele de mi parte.

Se dirigió hacia la moto. Al montar en ella, y antes de poner el motor en marcha, comentó:

—¡Cómo crecen esas plantas tan verdes, Coronel! ¡Qué maravilla! ¡No he visto una cosa igual! ¡Adiós!

Salió disparado sobre su máquina. Cecil miró las plantas de Barbada. Era cierto que crecían prodigiosamente y que debería quitarlas. Pero en aquellos momentos aquello no le preocupaba. Samuel estaba diciéndole, secamente:

—Entra de una vez. ¡No vamos a estar todo el día en la puerta!

* * *

Linda Cauley puso de mala gana los platos sobre la mesa, dejándolos caer de golpe, mientras decía:

—Me estoy cansando de hacer de cocinera. ¿Por qué no guisa ella que es el ama de la casa?

Señalaba a Helen Savaje, con un tenedor. La esposa del Coronel estaba sentada en un rincón de la cocina, con muy mal aspecto. Su marido, a su lado, la cogía de las manos. Charles les vigilaba.

—Porque lo haces tú y basta —dijo la señora Cauley—. ¿No ves que está enferma? Eres muy poco considerada, hija.

—¡Yo no he venido a Inglaterra para hacer de criada, he venido para...!

Samuel la interrumpió:

—No necesitas hablar tanto, niña. Esta tarde iré al pueblo a comprar. Cecil, dile a tu esposa que prepare la lista de lo que necesite.

—Y que te dé dinero, pá —rio Charles.

Los Cauley comían como salvajes, ansiosamente. Cecil apenas

unos bocados, y Helen nada. El Coronel pudo hacerte beber un vaso de leche.

Después se fueron a la sala. Linda no pensaba por el momento fregar nada. Como siempre, obligaron al matrimonio a seguirlos, no los dejaban solos nunca.

El Coronel no era un hombre cobarde. Pero se daba perfecta cuenta de la peligrosidad de aquellos dos hombres, especialmente el joven. Y no podía arriesgar la vida de su esposa, siempre bajo vigilancia por alguno de la familia.

—Si pudiera llegar al revólver en un momento en que Helen estuviese a salvo...

Naturalmente habían alejado a la señora Seymour, obligando a Helen a que se lo dijera por teléfono. Aquello era una de las esperanzas de Savaje. Que tanto la señora Seymour, como el cartero o como un cobrador que apareció por allí, hubieran advertido algo extraño, forzado, en su conducta y lo comentaran. Pero..., ¿con quién? ¿Iban a hablar con la Policía porque les hubieran parecido algo secos? Después de todo, ellos, los Savaje, eran aún extraños en aquella comunidad, y especialmente el Coronel estaba considerado como un tipo algo excéntrico.

Por lo tanto, su única esperanza era el revólver. Cecil esperaba el momento y creyó que había llegado precisamente después de aquella comida última.

Una vez en la sala, su esposa murmuró:

—Voy a mi cuarto...

Empezó a ascender por la escalera. Levenia Cauley no la siguió, estaba peleando con su hija, que quería coger el coche e irse al pueblo para distraerse un poco. Samuel leía un periódico viejo y Charles dormitaba en una butaca.

¡Si dejaban a su esposa sola, lo intentaría! ¡Si era preciso, dispararía sobre el chico, el más violento, y después, dominados los demás, llamaría a la Policía!

Contuvo su impaciencia. Estaba sentado junto a la puerta del despacho. Las dos mujeres se insultaban groseramente, los dos hombres no hacían el menor caso.

Cecil empezó a incorporarse. Continuaban sin mirarle.

Luego echó a correr hacia el interior del despacho, mientras Samuel lanzaba un grito de aviso.

Ya estaba al otro lado de la mesa. Abrió el cajón, metiendo en él la mano, tanteando, buscando el contacto metálico del arma.

Sólo tropezaba con papeles arrugados. La desesperación le hizo gemir, con rabia. ¡No estaba! ¡Había desaparecido!

—¿Buscas esto, primo Cecil?

Alzó la cabeza. Samuel le contemplaba desde la puerta, sonriendo. Tenía en su mano el revólver del Coronel. A su lado, sonreía Charles, jugando con la navaja. La terrible navaja, con la hoja oculta en la empuñadura.

Tras de ellos, las dos mujeres, que habían dejado de pelear, le contemplaban atentamente.

—Pero primo..., es terrible, no sólo te muestras poco amistoso y hospitalario, ahora pretendes echarnos a tiros..., no puedo comprenderlo, es algo desolador, la voz de la sangre no suena en tus oídos...

Savaje apretó las manos sobre el borde de la mesa, gritando:

—¿Qué es lo que quieren? ¿Cuándo van a irse de una vez? ¿Por qué están aquí? ¿Quién les persigue...?

Charles presionó el resorte, y la hoja de acero salió disparada de su estuche. Dio un paso hacia Savaje.

—Con el mayor placer te cortaría el cuello, imbécil, tienes mucha suerte de estar aún vivo y no sabes agradecerlo... ¡Déjame que al menos le deje un recuerdo en la cara, pá!

—Nada de alegrías, Charles, nada de diversiones. Lo necesitamos en buen estado. Ahora bien, es preciso que se muestre más dócil, no podemos estar siempre vigilándole, está claro que necesita algo que le demuestre cuál es la situación. ¿Comprendes? Pero nada de navaja.

Charles se mojó los labios. La hoja de acero desapareció con otro chasquido. Su padre alargó el revólver, apuntando con él a la cabeza de Savaje.

Charles sujetó la mesa del despacho y con un brusco movimiento la apartó a un lado, haciéndola deslizarse sobre la pulida madera del suelo. Savaje quedó ante él. El Coronel retrocedió, tropezando con una estantería. El revólver seguía su movimiento, casi le rozaba la cabeza.

—Cuidado, primo. No me gustaría disparar. Yo sí siento muy profundamente el amor a los parientes, aunque sean lejanos.

Charles lanzó el puño derecho, hundiéndole en el vientre del Coronel, que se empezó a doblar, conteniendo el dolor. Al momento, el joven, con el rostro desencajado, los ojos muy abiertos, los labios húmedos, le propinaba un terrible rodillazo en el bajo vientre y el dolor se disparó hasta el cerebro de Savaje, que cayó al suelo, gimiendo.

Aún pudo controlarse, no quería gritar, no quería que Helen lo oyera y bajara, quizá la maltrataran también a ella...

Se encogió en el suelo, recibiendo dos punterazos en los riñones. Luego Charles se inclinó para alzarle un poco y mirarle a los ojos. Reía quedamente.

—¿Te gusta, Coronel? ¿Es más plácida la vida en las Colonias?

¿Por qué no gritas, Coronel? ¡Yo te haré chillar como una rata!

Sacó la navaja otra vez, haciendo rebrillar la hoja. Iba a hundirla en el cuerpo de Savaje, pero su padre se lanzó sobre él, aterrándole por los brazos. Charles se debatía, gritando:

—¡Déjame, déjame, pá! ¡Le voy a rajar de arriba a abajo!

—Levenia, ayúdame con este loco de hijo que tienes! —gritaba Samuel—. ¡Ayúdame o le matará!

Levenia cogió a su hijo por el cuello, y entre los dos le apartaron, sacándole del despacho para tirarle sobre el diván. La navaja cayó al suelo y Samuel la recogió.

Charles era presa de un verdadero ataque de furia. Cecil, desde el suelo, vio su terrible y enloquecida mirada.

Era un homicida. Un loco homicida.

CAPÍTULO 5

DESPUES de la explosión de violencia, todo parecía calmado en la casa de los Savaje. Linda se pasaba el día cantando, buscando música rítmica en la radio y bailando sola de un lado a otro de la sala.

En cuanto a Charles, cuya inestabilidad de carácter era muy acusada y que había sido seriamente advertido por su padre, vigilaba al Coronel, pero sin molestarle.

Cecil ahora ya sabía lo que podía esperar de aquella familia de monstruos. Lo que no sabía era el motivo de su instalación en la casa.

Pensaba que podrían estar huyendo de la Policía, en cuyo caso la retirada casa del bosque resultaría un buen refugio. Pero la verdad era que no parecían inquietarse las pocas veces que alguien se acercaba; incluso podría decirse que se animaban como si esperasen la llegada de algo o de alguien, sin el menor temor.

Había dejado de hablarles, de hacerles preguntas. Dedicaba todo su tiempo a pensar cómo podría burlarles, cómo salvar a su esposa de un ataque de furia de la familia, cómo escapar de ellos.

Samuel, el jefe de la familia, era el más sociable o al menos el que disimulaba su brutalidad con mayor habilidad. Trataba de suavizar la situación.

—Escucha, primo, cuando nos vayamos, todo volverá a la normalidad. Si tenéis calma, nada desagradable sucederá, es cuestión de unos días o quizá un par de semanas. Estamos esperando algo, en cuanto llegue, nos iremos. Sé razonable, comprende que no puedes evitar nuestra presencia y ayúdame a contener al chico, que es muy impulsivo. ¿Conforme?

Cecil no le contestaba. Tampoco le contestó cuando Samuel hizo una observación.

—Es curioso, esas plantas que tienes en torno a la casa, están creciendo muy de prisa. Fíjate, ya asoman por el borde de las ventanas.

Cecil miró hacia una ventana. Las grandes hojas verdes y los sólidos zarcillos en efecto se veían al otro lado. No había vuelto a acordarse de las extrañas plantas que había estado a punto de arrancar cuando llegaron los Cauley.

—¿Cómo se llaman?

—Usted debe saberlo —gruñó Cecil—. Proceden de la Isla Barbada.

—¿Sí? Pues nunca las he visto por allí. Claro que nunca me he fijado mucho en la naturaleza; aquella Isla es un infierno, todo se pudre en cuanto te descuidas...

Cecil volvió la cabeza. Ni siquiera sabía si los Cauley realmente procedían de la Isla, aunque hablaran de Guilford como si en verdad le conocieran. Volvió a mirar a la ventana. Las plantas sin nombre se balanceaban suavemente, inofensivamente.

—Debería decirles que me permitieran arrancarlas —pensó.

Samuel había metido la cama de los Savaje en un cuarto que carecía de ventana y, de ese modo, cuando el matrimonio se retiraba, podía cerrar la puerta por el exterior, y vigilarla, para lo cual él y su hijo se turnaban en la guardia.

Aquella noche, cuando los dueños de la casa se retiraron, Samuel y Charles, mientras abajo las dos mujeres recogían cosas, quedaron un momento en el corredor.

—Vete a dormir, hijo. Yo vigilaré ahora.

Charles dijo.

—Me estoy cansando de esto. Y te advierto, pá, que ese tipo va a intentar algo, se le nota en los ojos.

—Lo impediremos.

—El mejor modo sería matarlos a los dos, pá.

—Eres un imbécil. Los necesitamos vivos, aún. ¿Cómo crees que podríamos de otro modo hacernos con el dinero? Guilford quizá haya muerto ya, le quedaba muy poca vida cuando salimos de la Isla, acuérdate lo que decía aquel informe médico que atrapamos, y en ese caso estará camino de esta casa un mensaje, un abogado en persona, no sé, alguien que venga a decirles que han heredado toda la fortuna de su primo Guilford. Tienen que ser ellos, el Coronel, quien reciba los papeles, al abogado, quien se haga cargo de todo, cuentas, fincas... ¡Y después el amable Coronel nos lo cederá a nosotros por su propia voluntad, nos traspasará fincas, tierras y dinero, porque le importa más la vida de su esposa! ¿Ves por qué le necesitamos vivo?

—Eres un tío listo, pá. Siempre lo dije, y Guilford que te trataba como a un criado y a Linda y a mí ni siquiera nos dejaba acercarnos a su casa, debió nombrarte a ti su heredero y no a este jardinero.

—Al menos no debió pedirme que firmara como testigo del testamento y así no habría sabido quién era su heredero universal. Ya ves, todo se arreglará al fin. Sólo tenemos que ser hábiles, no permitir que el Coronel esté solo ni un momento. Tener siempre a su mujer como rehén. Le permitiremos que se haga cargo de la herencia y después será muy libre de cederla a quien quiera. Por ventas fingidas

o por donaciones, conozco las fórmulas.

Charles reía quedamente.

—Y querrá dárnoslo todo a nosotros; después de todo, él tiene lo suficiente para vivir y se conforma con poco, unas florecitas y una botella de Oporto para las grandes ocasiones... ¡Oye! ¡En cuanto nos larguemos con todo nos va a denunciar, probará que le obligamos, nos va a echar a toda la Policía del país a las espaldas!

Samuel hizo un gesto de pena.

—Bueno, la gente es tan poco amable con la familia..., seguramente el egoísmo de este hombre le induciría a eso, a denunciarnos, sin pensar que necesitamos ese dinero más que él, que tu madre y yo hemos servido a Guilford durante años, lo que nos da también más derecho a su herencia, ya que, aunque muy lejanos, también somos sus parientes. Sí, es posible que trate de arrebatarlos el dinero cuando le dejemos; por eso, muchacho, el matrimonio Savaje, después de liquidar la herencia..., emprenderá un largo viaje. Quizá regrese a Rhodesia..., ¡quién sabe?

Charles se echó a reír y su padre le impuso silencio con un gesto.

—¡Después de que firme todos los documentos precisos, ya no necesitamos que viva, pá!

—No será cuestión decisiva, hijo. Por eso..., bien pudiera ser que nutrieran las grandes listas de gentes que desaparecen del país... Quizá alguien piense que se fueron a Barbada, pero me da la impresión, por el aislamiento en que viven y la absoluta falta de visitas en la casa, que nadie se va a molestar en pensar nada.

—Claro. Lo único preciso será que nunca puedan ser encontrados. Habrá que pensarlo bien, pá.

—Ya está pensado, muchacho. Ya está pensado. Ahora vete a dormir, es posible que mañana mismo llegue el distinguido caballero que traerá la triste noticia de la muerte del primo Guilford y la petición de cita con algún notario encargado de poner en manos del Coronel su herencia...

—¡Me voy a comprar un deportivo italiano, eso lo primero!

—Bueno. Vete a dormir ahora.

Charles bajó a la sala. Sólo lucía una luz en una lámpara de pie. Estaba junto a la ventana más amplia. Se tendió en un diván, bajo ella.

Cuando alzaba una mano para tirar de la cadenita de la lámpara para apagarla, vio pegado al cristal de la ventana algo que se movía.

—¡Diablos! ¡Parece...!

Parecía una culebra. Se irguió, sobresaltado. Para luego sonreír con alivio.

—¡Bah! ¡Es tan sólo una de esas plantas..., tienen tentáculos, parecen esas lianas de las películas de la selva! Y se mueven..., debe

ser el aire.

Las grandes hojas, que ya empezaban a sobrepasar el borde de la ventana, también se movían rozando el cristal. Cuando lo hacían, producían un sonido casi metálico.

Pero Charles Cauley no sentía el menor interés por las plantas ni le inquietaban unos fenómenos más o menos curiosos. Se tumbó en el diván y al momento había quedado dormido.

CAPÍTULO 6

EL coche de los Cauley se detuvo ante la casa y Linda descendió de él, cargando con una cesta.

Dejó el radio del coche sonando a toda potencia y por eso su padre salió de la casa, diciendo:

—¡Apaga eso! ¿No puedes vivir sin radio?

La joven obedeció y contoneándose, entró en la casa.

—Puedo, pero vivo mejor con música. Oye, vaya un pueblo, no hay un solo chico potable, todos parecen de pergamino. ¡Y vaya un modo de mirarme!

—Ya te habrás tú encargado de que te mirasen, podías vestir unos pantalones menos ajustados. ¿Lo has comprado todo?

—Sí, todo, a la cuenta de los Savaje.

Samuel cerró la puerta y Linda fue a la cocina para vaciar sobre la mesa el contenido de la cesta. Luego empezó a colocarlo en el armario.

Estaba acabando cuando entró Helen Savaje. Estaba muy desmejorada. Levenia la seguía, siempre vigilante. La señora Savaje preguntó a Linda:

—¿Ha traído..., esos comprimidos que le pedí?

—¿Lo qué...?

—La medicina, Linda —explicó su madre—. Te lo puso en el papel.

—¡Oh, me olvidé!

La señora Savaje se frotó las manos, desesperada.

—Es que..., me es muy necesario, le dije que había terminado lo que tenía. Tendrá que volver a buscarla.

—¿Yo? ¡Quítese eso de la cabeza, señora! ¡Las medicinas son siempre malas, espere a que tengamos que ir a por más comida!

Levenia asintió.

—Es lo mejor, no queremos que nos vean demasiado en el pueblo.

—¡Pero no puedo estar sin ella, la necesito, es preciso!

—Vuélvase a la sala —recomendó Levenia.

Helen obedeció, sentándose en el diván, junto a su marido. Parecía muy abatida y nerviosa.

—Tranquilízate, por favor —pidió él.

Helen se hundió en el asiento. Cecil la miraba de vez en cuando, con prevención. Sabía que la falta de su tranquilizante podía trastornarla gravemente.

Aquella noche Helen estuvo despierta, quieta sobre la cama, mirando al oscuro techo. Cecil trataba de calmarla, hablaba con ella, le decía que los Cauley se irían de un momento a otro.

El Coronel se durmió poco antes del amanecer, pesadamente. Helen entonces se incorporó con cuidado.

Descalza, sin ponerse la bata, fue hasta la puerta del cuarto, tratando de abrirla. Estaba cerrada por fuera con llave, pero la mujer insistió, moviendo la manilla.

Charles Cauley, que dormitaba al otro lado, sentado en una silla, despertó al oír el leve ruido de la manilla. Bostezando se levantó de la silla.

—¿Qué quiere? ¿Necesita salir? —preguntó.

—Sí, por favor...

Charles sacó el revólver de su bolsillo. Luego abrió la puerta, y la señora Savaje salió. El joven cerró al momento, después de lanzar una mirada a la cama y ver al Coronel en ella.

—Tiene usted mala cara, señora —dijo Charles, guardando el arma por considerarla innecesaria con la mujer.

Helen Savaje no le miraba. Se dirigió directamente hacia la escalera. Charles, que había imaginado que iría a! cuarto de baño, preguntó:

—¿A dónde va? ¿A la cocina?

Helen tampoco contestó. Charles tuvo un momento de duda. Miró a la puerta del cuarto donde quedaba el Coronel. Le pasó por la imaginación que se trataba de una trampa. Pero la puerta estaba bien cerrada con la llave.

Aun así no siguió a la mujer; lo que hizo fue quedarse en la parte alta de la escalera, desde donde podía ver toda la sala, la entrada de la cocina y también la puerta del cuarto donde estaba el Coronel.

—Querrá tomar algo, la verdad, tiene aspecto de loca..., esa imbécil de Linda bien pudo traerle esas pastillas. Fingió olvidarse sólo para fastidiarla.

Mientras pensaba aquello, miraba cómo Helen cruzaba la sala. Samuel dormía en un diván. Las dos mujeres en el cuarto de los Savaje.

De pronto, Charles se sobresaltó. ¡Helen no iba a la cocina, sino que se dirigía a la puerta de salida de la casa!

—¡Esa vieja chiflada! ¡Va a largarse así, tranquilamente!

De unos cuantos saltos, Charles descendió a la sala, cuando en

efecto ya Helen se disponía a abrir la puerta de salida.

La alcanzó en el momento justo, cuando sujetaba uno de los cerrojos.

—Espere, señora, no trate de burlarse de mí —dijo.

La cogió por la cintura. Ella se volvió de un salto. Tenía los ojos muy abiertos, fijos, la boca crispada. Era evidente que estaba bajo los efectos de una crisis. Charles la soltó, asustado, retrocediendo un paso.

Entonces la señora Savaje lanzó un grito agudo, sus manos se alzaron y sus cuidadas y largas uñas se hundieron en el rostro del hombre, bajo los ojos, y descendieron, rasgando las dos mejillas profundamente.

Charles sintió el dolor, el calor de la sangre, una especie de pánico, que nunca había conocido, bajo la mirada alucinada de la mujer.

Samuel Cauley, que tenía un sueño pesado, se sobresaltó, sin abrir los ojos; empezaba a despertarse por el grito, pero tardaría unos segundos en recobrar la lucidez.

El joven se llevó las manos al rostro, cuando la mujer le volvía la espalda inclinándose de nuevo sobre la puerta. Charles apartó las manos; aún a la tenue luz de la sala, procedente de la que había encendido en el pasillo alto vio la sangre correr entre sus dedos.

Lanzando una maldición, metió una mano en un bolsillo, presionó un resorte.

Se oyó el ruido metálico del muelle; había sido tanta su prisa, que la navaja se abrió cuando aún no había salido del bolsillo y al tirar de ella rasgó la tela del pantalón.

Samuel se incorporaba entonces, preguntando:

—¿Qué pasa? ¡Charles! ¿Qué...?

Charles acababa de abalanzarse hacia delante, rugiendo, y el acero se hundió en la espalda de la mujer, entre los omóplatos, con un tenue silbido, semejante al rasgar de una tela.

Samuel ya estaba en pie. Muy pálido, vio cómo la mujer caía sobre la puerta, con violencia, emitiendo un espantoso alarido de agonía.

Luego se deslizó hasta el suelo.

—¡Imbécil, desgraciado, la necesitábamos para dominar al Coronel, eres un maldito loco, una mala bestia, sabía que acabarías por usar tu maldita navaja!

Charles le miró, confundido, balbuceando:

—¡Me atacó, mira cómo me ha puesto la cara, no pude...!

Samuel le apartó con rabia, para inclinarse sobre la mujer, tendida de bruces sobre la alfombra. Pasó una mano bajo su cuerpo, buscando el latido del corazón. Estaba buscándolo cuando arriba

sonaron unos golpes fuertes, en una puerta.

—¡Es el Coronel, cuidado, si le matas estamos perdidos, impide que salga, muchacho, sujeta esa puerta, apaláncala con algo, date prisa! Esta mujer está completamente muerta.

Charles, que tenía un terrible aspecto con su rostro sangrante, corrió hacia las escaleras. Estaba a la mitad de su recorrido cuando la puerta del cuarto que ocupaba el Coronel saltaba, arrancada por los goznes, y Cecil Savaje salía del cuarto, con el ímpetu de una fiera.

Inmediatamente vio abajo el cuerpo de su mujer, tendido en el suelo. Samuel aún estaba inclinado sobre ella.

Charles sacó el revólver, amartillándole y apuntó con él al Coronel.

—¡Quieto, ha sido un accidente, más vale que...!

El Coronel se lanzó sobre él, completamente ciego. Charles estuvo a punto de disparar, pero pudo contenerse. Recibió el impacto del cuerpo del Coronel. El revólver fue al suelo y los dos hombres rodaron sobre los escalones.

Savaje había aferrado el cuello del joven y no le soltaba ni siquiera cuando botaban sobre los escalones. No le soltó al llegar abajo. Había quedado sobre Charles y apretaba las dos manos sobre el cuello.

El rostro ensangrentado del joven empezaba a enrojecerse. Se estremecía, sacudiendo con fuerza las piernas, agitando los brazos, pero las manos se mantenían abiertas, sobre el suelo. Ya no se defendía.

Savaje jadeaba, barbotaba insultos. La boca de Charles se abría más y más, y la lengua comenzaba a inflamarse cuando Samuel asestó un terrible golpe en la cabeza del Coronel, con una mesita de café.

El Coronel cayó de lado. Levenia y Linda venían corriendo y gritando y la apacible casita del bosque pomposamente llamada «Walpole Manor», asemejó un infierno, mientras junto a la puerta por la que había intentado huir para buscar sus pastillas tranquilizantes, el cadáver de la señora Savaje se desangraba, con la terrible navaja hundida en la espalda.

* * *

Linda, sonriendo con bastante burla, ponía paños de agua fría y caliente, alternativamente, en torno al cuello de su hermano. Primero le había pintado los arañazos con un desinfectante rojo.

—Estás precioso, pareces un indio con las pinturas de guerra.

Charles la miraba hoscamente.

—Si no te callas voy a romperte la crisma.

No podía casi tragar la saliva. Sabía que había estado muy cerca de la muerte y por eso miraba de vez en cuando al Coronel, amarrado, amordazado y atado a una columna. Aún estaba inconsciente.

—Le voy a matar. Cuando tengamos el dinero le voy a matar, pá. Muy lentamente. ¡Le voy a estrangular, lo mismo que él quiso matarme a mí!

Samuel dijo, hoscamente:

—Debí dejarle que acabara contigo, sólo nos has dado disgustos desde que naciste. Ahora sin la mujer, va a ser muy difícil manejar al Coronel, conseguir que haga lo que queremos, que no nos delate, que hable con los abogados..., ¡maldita sea!

No habían tocado el cuerpo de Helen Savaje, que había dejado de estremecerse y estaba encharcando de sangre la alfombra. Hasta que Linda protestó:

—Luego querréis que yo limpie esa mancha.

Samuel miró el cadáver de la mujer. Bostezó.

—Bueno, yo me caigo de sueño. El Coronel está bien seguro. ¿Por qué no nos dormimos un poco? Por la mañana veremos qué se hace.

Charles, acariciándose el cuello, se acercó al Coronel, para comprobar sus ataduras. De paso le sacudió un puntapié que el prisionero no acusó, ya que estaba completamente inconsciente.

Por la mañana, el aspecto de la sala era terrible. Había muebles derribados, la alfombra de la escalera había sido arrancada en la caída de los dos hombres. Y la gran alfombra de la misma sala tenía una enorme mancha de sangre, que la empapaba.

Samuel Cauley lo miraba todo hoscamente. Al dar una vuelta en torno suyo, encontró la mirada del Coronel, amarrado a la columna, amordazado. Había en la mirada del dueño de la casa tanto odio, que incluso un hombre tan poco sensible como Samuel Cauley lo notó.

—¡Charles! ¡Vamos a llevarnos a este hombre de aquí!

—¿A dónde?

—Al sótano. Allí podremos amarrarlo bien y no necesitamos vigilarle especialmente, no tiene salida alguna. Ayúdame.

Soltaron al Coronel de la columna, pero sin desatar sus brazos, bien inmovilizados a la espalda. A empujones le condujeron al sótano, que había sido antiguamente carbonera y almacén, y ahora contenía la caldera automática de la calefacción por propano y el equipo de lavar.

La misma firme columna que atravesaba la sala se alzaba en el centro del sótano. Ataron a ella al Coronel, y esta vez también amarraron sus piernas.

Samuel no le miraba a la cara. Charles sí, y sonreía con burla cada vez que sentía sobre él el terrible odio de Cecil. Al fin le dejaron y subieron a la sala.

Las dos mujeres habían arreglado un poco todo. La gran alfombra sobre la que muriera Helen Savaje, había sido recogida, y Linda, con muy mala cara, limpiaba la sangre que en algunos momentos había atravesado la alfombra, manchando el suelo de madera.

El cadáver, envuelto en una sábana, estaba a un lado y Levenia dijo:

—A ver qué haces con él.

—«Pá» lo tiene todo pensado —comentó Charles.

—¡Lo tenía sin tu intervención! Pero ahora es distinto. Mis planes eran alejarles de aquí, fingir un viaje, hacerles desaparecer lejos, pero ahora...

—Bueno, llevadla al bosque y la enterráis allí —dijo Levenia—. No pretenderás que la metamos en el congelador.

Samuel miró por la ventana. Las plantas de Barbada bordeaban toda la parte baja de los ventanales.

—El bosque. No, no me gusta. Uno tiene la sensación de que en un bosque está protegido de miradas curiosas, pero es sólo una sensación, la verdad es que no puede saber quién está atisbando desde detrás de un árbol o metido entre la maleza. Un bosque es un lugar peligroso para hacer algo ilegal, muy peligroso, casi preferiría la llanura. El bosque puede tener ornitólogos con prismáticos, pero que pueden verte a ti. Y para excavar una tumba se hace ruido. Luego están las alimañas, que podrían sacar el cadáver.

—No irás a decir que prefieres la explanada.

—No. Ya sé lo que haremos; la enterraremos en el sótano, el piso es de losas sueltas sobre tierra, me he fijado.

Charles se echó a reír.

—¡Estupendo! ¡Y que el tipo ese lo vea! ¡Oye, podemos obligarle a que él mismo haga la fosa!

Samuel miró a su esposa.

—Tienes un hijo que es un sádico. Todavía no ha comprendido que esto es un negocio y no un juego. Vete a buscar una azada y una pala, del almacén de jardinería. ¡Anda!

Charles obedeció, de buen humor, porque le complacía la idea de que el hombre que había estado a punto de estrangularle contemplara, amarrado y amordazado, cómo era enterrada su esposa.

Por eso, sin duda, después de levantadas tres losas, trabajó con entusiasmo para hacer la fosa, apartando la tierra a un lado. Se detenía de vez en cuando para mirar al Coronel. Este había tratado de moverse en principio; su rostro se había puesto rojo en sus esfuerzos por conseguir emitir algún sonido. Después, con las mejillas cubiertas de lágrimas, había cerrado los ojos y escuchaba el ruido de la azada estremeciéndose a cada golpe.

Charles quiso obligarle a mirar cuando arrojaban el cadáver a la fosa. Le agitó con fuerza.

—¡Abre los ojos, mira cómo la enviamos al agujero! ¡Maldita sea, abre los ojos y mira o te voy a destrozar a golpes!

Alzaba la pala que acababa de utilizar, dispuesto a destrozar la cabeza del prisionero. Samuel se la quitó de las manos.

—¡Basta...! ¡Otro ataque de histeria y te amarraré como a él!

Charles, furioso, se fue del sótano. Su padre terminó el trabajo en silencio, con la mayor eficiencia.

CAPÍTULO 7

SOBRE las losas quedaban unos restos de la tierra arcillosa del sótano. Era lo único que podía delatar la existencia de una tumba reciente bajo el suelo de piedras rojizas.

Cecil Savaje permanecía quieto, mirando las losas. Había tenido pensamientos para la venganza, aunque estuviera tan imposibilitado de ejercerla.

A veces parecía despertar del estupor y se preguntaba cómo en unos días, y de un modo tan absurdo, su tranquila vida había podido sufrir aquella transformación. Cómo podía ser que Helen, tan alejada de cualquier violencia, se encontrara ahora enterrada a su lado, bajo la casa que hablan comprado tan ilusionadamente.

Pero pronto le dominaba su único pensamiento: destruir a aquella gente maldita.

No podía usar la fuerza, así que concentró toda su energía mental para encontrar el modo de salir de allí.

A media tarde apareció Levenia con un poco de comida. Le soltó la mordaza y ella misma le dio de comer. Cecil no la miraba, y ella ni siquiera pareció notarlo. Cuando se cansó recogió todo, le puso de nuevo la mordaza y se fue.

La noche la conoció Cecil porque las rayas de luz que se veían en el sótano, procedentes de la antigua trampa para el carbón, que daba al jardín, desaparecieron.

Aquella trampa... Había sido naturalmente cerrada al dejar de usar carbón. Muy firmemente para evitar que se pudiera entrar por ella al sótano. Pero en el sótano había alguna herramienta usada para pequeñas reparaciones de la fontanería. ¡Si pudiera soltarse las cuerdas...!

No dormía. Oía los ruidos de la casa. La música y los pasos de baile de Linda. Las peleas del padre con el muchacho. Luego todo fue quedando en silencio.

En aquel silencio, Cecil oyó un ruido extraño. Precisamente en la antigua tolva para el carbón. Escuchó atentamente, cerrando los ojos para mayor concentración.

—Sí, algo se mueve en ese hueco.

Oía el ruido, un suave arrastrar de algo que se deslizaba. Abrió los

ojos, fijando la mirada en la tolva.

Era un hueco rectangular abierto en el muro a ras del suelo exterior, que descendía en rampa hasta el piso del sótano. Anteriormente toda aquella parte estaba manchada de negro por el carbón, el la había limpiado y blanqueado después.

Miraba al muro bajo el hueco y poco a poco fue distinguiendo otra vez las ranuras que dejaban entre sí los gruesos tablones. Veía solamente unas líneas grises y también apreciaba ya la blancura del muro.

Entonces pudo darse cuenta de que algo se movía, descendiendo por el muro, algo que había penetrado por las rendijas, que reptaba, mientras aumentaba de tamaño, se ensanchaba.

—¡Las plantas de Guilford están penetrando en el sótano!

Sintió frío en la espalda, recordando lo que aquellas plantas asesinas habían hecho con su perro. Ahora lo advertía mejor, las hojas parecían brotar de la misma pared, se desplegaban, después de haber penetrado por la rendija, arteramente, como si tuvieran inteligencia humana.

Y los zarcillos, los rizomas aéreos, trazaban rayas serpenteantes que descendían hacia el suelo.

Cecil supo que le buscaban a él. Debían percibir el calor de su cuerpo. ¡Y estaba indefenso, amarrado a la columna!

Por un momento lo aceptó casi con alegría. Porque la vida para él ya no significaba nada. Pero después, el recuerdo de los Cauley, le hizo revelarse.

—¡No! ¡Sería demasiado fácil para ellos!

Dobló las piernas, apoyando los talones en las losas para hacer fuerza. Su espalda se hundía en la columna metálica. Probó de nuevo y la atadura que le sujetaba a ella se movió un poco, hacia arriba.

Cuando logró, después de muchos intentos, ponerse en pie, aún cuando seguía tan amarrado como antes, creyó que había conseguido mucho.

En primer lugar, la cuerda que le sujetaba a la columna se había aflojado un poco, permitiendo que ascendiera por ella la atadura. Pero era muy sólida, y tenía varios nudos. Cecil respiró con esfuerzo, la mordaza le obligaba a respirar sólo por la nariz, lo cual resultaba muy penoso. Esperó, mientras oía el ruido de las hojas que se desplegaban, de las lianas que rozaban el muro.

Luego empezó a moverse para girar en torno a la columna, mediante pequeños saltos con los pies atados. Tenía los brazos pegados a la espalda, pero podía mover los dedos y con ellos iba tanteando la columna, que era cuadrada y estaba formada por piezas metálicas soldadas, sin recubrir, cuando en la parte superior, en la sala

y en el piso, habían sido forradas de madera.

De pronto tocó uno de los ángulos, lo recorrió, bajando y subiendo el cuerpo penosamente, porque la atadura no permitía rapidez de movimientos. ¡Y en un punto encontró lo que buscaba! ¡Un fallo de la soldadura había dejado descubierto un borde ligeramente cortante!

—Necesitaría mucho tiempo para conseguirlo. Pero esa gente se levanta tarde.

Las cuerdas con las que le habían amarrado naturalmente le pertenecían y sabía que no eran demasiado duras, por suerte no las usaba de nylon.

Desplazándose a un lado y a otro, pudo colocar una de las pasadas de la cuerda sobre el borde y comenzó a trabajar.

El sudor le cubrió por completo, y el cuerpo entero comenzó a dolerle. De vez en cuando se detenía, y escuchaba el avance lento de la planta asesina, que ahora no podía ver, puesto que al moverse daba la espalda a la carbonera.

No supo cuántas horas estuvo frotando la cuerda, sólo que se sentía desfallecer y que empezaba a dominarle un pánico horrible, imaginando que la planta había llegado hasta él y ascendía por la columna.

De pronto, la cuerda se rompió.

Quedó quieto. Luego empezó a tensar los brazos, a tantear con los dedos. Poco a poco la cuerda que envolvía su torso iba aflojándose, y al fin se soltó. Pudo separar un brazo y arrancarse la mordaza.

Estaba agotado. Aún había otra cuerda sujetándole a la columna, y naturalmente la de los pies. Pero ya fue fácil, con las manos libres, desatar ambas.

Lo había logrado. Ahora pensó cuál debía ser el siguiente paso. Ellos dormían, estaba seguro, de modo que con mucho cuidado se atrevió a encender la luz del sótano.

Se volvió hacia la carbonera. El espanto le dejó inmóvil.

La planta había, en efecto, penetrado por las rendijas y se extendía por la pared con su magnífico verdor. Avanzaba por el suelo, estaba ya rozando el pie de la columna.

Al encenderse la luz, las ramas y zarcillos más avanzados se movieron, como sorprendidos. ¡Y después empezaron a retroceder, entre pequeñas sacudidas, culebreando sobre las losas y después ascendiendo por la pared!

—No es posible, ninguna planta puede moverse de este modo, disponer de inteligencia para...

Pero..., ¿no era cierto que todas las plantas parasitarias eligen sus víctimas, las rodean, las usan como soporte? ¿No siguen otras el

movimiento del sol, para aprovechar mejor su calor? ¿No hay muchas que abren y cierran sus flores, como si estuvieran dotadas de una célula fotoeléctrica, conforme se hace el día y la noche? ¡Las grandes trepadoras tropicales, ¿no aprovechan los vientos favorables para lanzar sus brotes hacia la parte conveniente?

—Pero no se mueven de esta forma, retrocediendo al fracasar su ataque.

La planta casi desapareció, sólo unas pocas hojas quedaron asomando por las rendijas, pacíficamente, pero vigilantes.

Cecil apagó la luz rápidamente, temía que los de arriba, si alguno estaba levantado, viera el resplandor. No trataba de huir. No había pensado en ello, no le bastaba. Porque seguramente si iba a pedir ayuda al pueblo y los Cauley se daban cuenta de su ausencia, podrían escapar, antes de que lograra él convencer a la somnolienta Policía rural de que su esposa había sido asesinada.

—No, nada de eso, los voy a matar yo mismo, uno a uno. Ahora mismo, mientras duermen...

No disponía de armas. Pero era un hombre fuerte. Sabía que Charles era el más peligroso. Acabaría primero con él.

Lentamente abrió la puerta del sótano, saliendo de él. Estaba empezando a amanecer.

—La hora en la cual el sueño es más profundo. Dormirán como topos, ninguno de ellos tiene el menor sentido de culpa.

Se había descalzado. Naturalmente conocía cada rincón y cada madera de su casa, no iba a producir ruido alguno. Sabía, o al menos suponía, que las mujeres dormían en su habitación, seguramente el padre lo haría en el diván de la sala, para vigilar la entrada. ¿Dónde estaría Charles?

Se detuvo, escuchando. Sí, el padre estaba en la sala, oía su respiración de durmiente. Las mujeres no le preocupaban demasiado. Sólo el joven, el asesino, el canalla que había matado a su esposa, apuñalándola por la espalda.

«¿Dónde estás, maldito?» —preguntó mentalmente.

Entró en la sala y vio a Samuel. Pero no a Charles. Quizá...

Miró hacia la escalera. Quizá estuviera en el cuarto donde él y Helen habían dormido los últimos días. La escalera resultaba peligrosa, algunos escalones crujían. ¿Cuáles?

¡Maldita sea, no lo recordaba! ¡Jamás le había importado hacer un poco de ruido en su propia casa!

Se dispuso a subir. Entonces vio a Charles, estaba en la misma sala, el muy cerdo se había echado en el suelo, sobre la alfombra enrollada. Estaba vestido lo mismo que su padre.

Cecil tuvo que contenerse para no lanzarse sobre él y acabar de

cualquier modo con su vida.

Había vivido en África, había peleado en las selvas, conocía, aunque no lo practicase hacía muchos años, el modo de matar por sorpresa y sin ruido.

Su navaja.

Le miró. La navaja abultada en un bolsillo de su ajustado pantalón. No era posible sacarla sin despertarle. Cecil desistió de ello. Sigilosamente, fue a la cocina, tomando un cuchillo de trincar.

La luz aumentaba por momentos. Debía darse prisa. Volvió a la sala, junto a Charles. Se puso de rodillas a su lado, sonriendo.

—No tendrás tiempo de enterarte, no harás ruido alguno, muchacho. Apenas un suspiro —pensó, disponiéndose a atacar.

Debía sincronizar sus movimientos para conseguir acabar con él sin ruido. Es decir, colocar la mano izquierda sobre la boca, con fuerza, y en el mismo momento en que despertara al sentir el contacto, hundir el cuchillo en el corazón. La mano en forma de mordaza acallaría el único y leve gemido con el que Charles se despediría de la vida.

Cecil Savaje no tenía la menor duda. Puso la mano izquierda sobre el rostro del joven, a un palmo de distancia. Alzó la derecha, en vertical sobre el punto exacto donde debía herir.

—¡Ahora!

Bajó la mano izquierda, aplastándola sobre el rostro de Charles. Y al mismo tiempo el cuchillo.

CAPÍTULO 8

LA detonación sonó con tanta fuerza que arriba, en el primer piso, Levenia se incorporó de la cama, de un salto.

Cecil Savaje lanzó un rugido de dolor y de rabia. Había recibido el impacto en la espalda, se inclinó, mientras bajo él. Charles trataba de incorporarse. Pero la mano izquierda del Coronel continuaba oprimiéndole la cara y le mantuvo quieto, aunque patalease, sobre la alfombra.

Cecil había detenido el movimiento del cuchillo. Apretando los dientes, empezando a notar en la boca el sabor de su sangre, se dispuso a asestar el golpe.

Entonces fue de nuevo golpeado en la espalda y oyó otra detonación, y esta vez el arma cayó de su mano, dejando de sujetar a Charles, que gritando alocadamente, rodó sobre el suelo, para apartarse.

El Coronel se alzó, rugiendo, volviendo la cabeza. Samuel Cauley, de rodillas en el diván, esgrimiendo el revólver del propio Coronel y muy pálido, gritaba:

—¡Imbécil, le necesitábamos vivo!

Charles, medio incorporado, gritaba:

—¡Mátale! ¡Acaba con él! ¡Déjame a mí el revólver!

Samuel miraba al Coronel, que había dado vuelta y se mantenía en pie. Le miraba con gesto preocupado. Había disparado por instinto, para salvar a su hijo y ahora estaba pensando si realmente no habría sido más prudente para sus intereses dejar que el Coronel acabara con Charles y no precipitarse.

—Coronel, lo siento, vamos a atenderle, usted es fuerte, y...

Cecil se desplomó de bruces, con violencia. Por la forma en que cayó, por la repentina rigidez que se apoderó de él, Samuel se dio cuenta de que le había matado.

Empezó a gritar, a propinar puntapiés a los muebles, a insultar a todo el mundo.

—¡Una fortuna, una enorme fortuna que ya teníamos casi en las manos!

Esta vez los cuatro habían bajado al sótano. Y Charles, que recibía constantes insultos de su padre, excavó la fosa en silencio, cerca de la otra.

—¡Nunca creí que de verdad la sangre pudiera hacerme perder la cabeza, disparé sin darme cuenta, cuando vi que iba a matarte! ¡Y su vida me era mucho más valiosa que la tuya! ¡Tantos trabajos para nada!

Charles no contestaba. Sólo habló para decir que ya había suficiente boquete. Las dos mujeres cogieron al Coronel. De un bolsillo de su chaqueta cayó una gran libreta. Levenia la cogió, hojeándola con rapidez.

—Son sus apuntes y notas sobre la jardinería.

—Vuélvelo al bolsillo y date prisa —dijo Samuel.

La mujer la guardó en la ropa de Cecil, y luego ella y su hija metieron el cadáver en el hueco. El rostro del Coronel reflejaba una terrible violencia; había quedado en él, el último gesto, el último odio, el expresado en el momento en que se disponía a matar.

Como la otra vez, la tierra sobrante la echaron en el hueco que había en la carbonera. Al hacerlo, Linda observó:

—Qué cosa más extraña. Esas plantas están metiéndose en la casa. ¡Fijáos!

—Me importa muy poco la casa y sus plantas —dijo Samuel—. Para el tiempo que vamos a quedarnos en ella...

Colocaron las losas y salieron del sótano. Los cuatro estaban muy abatidos. Se sentaron en la sala. Linda, maquinalmente, encendió un tocadiscos, pero, cuando la música empezó a atronar la sala, su padre la miró y ella desconectó el tocadiscos.

—Bueno, ahora lo hemos perdido todo, y con un poco de mala suerte puede que nos persigan por asesinato —dijo el padre.

—Nadie sabe quiénes somos, ¿no? Volvemos al aeropuerto, devolvemos el coche, tomamos un avión, y...

—Y no tenemos dinero ni para el pasaje.

—Habrá algo en la casa, no hemos buscado bien —dijo Linda.

—Esta gente lo paga todo con talones de Banco. Y en cuanto a que no saben quiénes somos, nuestros nombres están en la oficina de alquiler del coche. Claro que imagino que tardarán mucho tiempo en descubrir los cadáveres.

—Si es que los descubren —comentó Levenia—. No seamos pesimistas. Y la verdad, pá, me extraña que te rindas tan pronto.

Samuel la miró con sorpresa.

—¿Qué podemos hacer?

Ella respondió:

—Sustituírlos.

—¿Cómo?

—El abogado, el tipo que venga con la herencia o con el aviso para ir a buscarla a Londres, te apuesto a que no ha visto jamás al Coronel. Tú le recuerdas algo, tienes una edad semejante, si te teñimos el pelo y te vistes sus ropas y fumas en su pipa...

Samuel achicó los ojos.

—¿Crees que podría resultar?

—El cartero ya no desconfía de nosotros; llegue lo que llegue por correo, nos lo dará. Sólo tenemos que decir que el Coronel está fuera o enfermo. En cuanto a una visita personal de cualquier enviado de los abogados de Guilford..., ¿cómo sabrán ellos que no eres el Coronel si les recibes en su casa y procuras hablar un poco correctamente?

—Y tú serías Helen —dijo Samuel.

—Claro. Los chicos serán visitantes... Únicamente...

Los tres la miraron. Levenia dijo:

—Las firmas. Habrá que firmar en papeles, escrituras y cosas así. Pero no es obstáculo grave. Nadie desconfía de una firma que se hace personalmente, bastará que los dos nos dediquemos a imitar su firma, para que se parezca lo más posible. No hace falta una imitación de falsificador, es suficiente que se parezca, ya os digo que nadie comprueba una firma en esos casos, no se trata de presentarla en un Banco, sólo firmar recibos de lo que nos den. ¡Y en la casa tiene que haber algo firmado por ellos, lo encontraremos!

—Má, eres genial —dijo Charles—. ¡Sí, será mucho más fácil; ya no tendremos el problema de obligar al Coronel luego a cedérselo todo! Será nuestro desde el principio, del modo más legal se lo trasladaremos, por propia voluntad, a la familia Cauley, que es una familia estúpida.

Samuel empezó a buscar en el despacho del Coronel. Claro que había firmas, las de los dos aparecían en la primera hoja de la Biblia familiar, pero eran muy antiguas, y él sabía que las firmas se modifican siempre con el tiempo.

La del Coronel estaba, muy clara, en copias de entrega de envíos de semillas. La de su esposa en el mismo tipo de notas, de envíos del supermercado. Se trataba de gente organizada o, lo que es lo mismo, personas con suficiente tiempo sobrante para dedicarlo a la organización.

Ahora los Cauley, solos en la casa, la fueron transformando rápidamente en una especie de pocilga. Había comida y botellas por todos lados, ropas sobre los muebles. Las dos mujeres habían saqueado las pertenencias de Helen, que naturalmente no les gustaban, ya que su forma de vestir era mucho más llamativa.

Estuvieron muy entretenidos aquellos días, incluso olvidaron que

no llegaba la ansiada noticia de la muerte del primo Guilford, al que habían dejado en Barbada casi agonizando. Y sin ella, no podía llegar la herencia.

Después el matrimonio se dedicó a la tarea de aprender a firmar como si fueran el Coronel y su esposa. Los jóvenes haraganeaban. Linda bailando, y Charles lanzando la navaja sobre los muebles. Charles alguna vez salía de la casa, aunque no le interesaba el campo y comentaba:

—¡Qué barbaridad, esas plantas no paran de crecer!

El cartero vino alguna vez. Una tarde apareció la señora Seymour con su nieto Bob. La señora Cauley, aunque no la conocía, supo de quién se trataba al momento.

—Debe ser la mujer que venía a limpiar.

La había visto por la ventana, después de que el viejo coche de la señora Seymour les alarmara a todos. Samuel hizo señas a sus hijos para que se ocultaran.

—¡Anda, despídela, dile que el Coronel y su esposa están ocupados, o que se han ido a..., a lo que quieras!

La señora Seymour lanzó una mirada de disgusto al jardín, cuyo abandono era evidente. Le dijo al niño:

—Con estos parientes, el Coronel ya no tiene tiempo de nada.

Bob señaló las plantas tropicales, diciendo:

—Plantas malas...

—Desde luego son bastantes desagradables. Parece que van a dar flores.

En efecto, entre los grupos de enormes hojas estaban brotando unos grandes botones rojizos.

La señora Cauley abrió la puerta, sonriendo amablemente y procurando que no pudieran ver el interior de la casa.

—¿Es usted la señora Seymour? ¿Verdad que sí? Cuando nos habla Helen de usted... Siempre elogia sus condiciones.

La señora Seymour se sofocó un poco.

—¡Oh, no tiene importancia, la señora es muy amable! Pasaba por aquí y pensé...

—¡Qué pena, Helen no está! ¡Y el Coronel tampoco! Ahora Helen da largos paseos..., le vienen muy bien para los nervios. Como mi hija y yo nos ocupamos de todo, pues... Pero le diré que ha estado usted. ¡Qué niño tan precioso!

Salió de la casa, y con habilidad la llevó hasta el coche. El niño cogió de la ropa a Levenia, diciéndola:

—¡Oye, esas plantas son malas!

Levenia le sonrió sin escucharle, y al fin logró que la molesta visitante se fuera con el niño. Cuando regresó a la casa, murmuró:

—Esperemos que no aparezca por aquí cuando recibamos a los de la herencia y empiece a preguntar por el Coronel mientras tú te haces pasar por él.

Pero nadie llegaba, aparte del cartero con prospectos y libros, que Charles tiraba en cualquier rincón.

El tiempo estaba empeorando rápidamente, y los Cauley, acostumbrados al trópico, se impacientaban. Volvían a reñir, a dudar del éxito del negocio, a hacerse unos a otros reproches sobre la responsabilidad en las complicaciones.

De pronto, un atardecer, empezó a llover con terrible fuerza. El bosque desapareció ante sus ojos tras una cortina de agua. El ruido de la lluvia sobre el tejado de barda era atronador.

Charles decidió que sólo se podía combatir aquella tristeza con un poco de alcohol, y empezó a buscar cualquier bebida que lo tuviera.

—Creí que estas lluvias sólo se producían en el trópico —dijo Levenia.

—Estamos muy al Norte, pronto empezará la nieve —comentó Samuel.

Linda empezó a canturrear diciendo que quería ver nevar.

—¡No tengo nada que ponerme si hay nieve! ¿Sabéis lo que me compraré cuando tengamos el dinero? ¡Pielés! ¡Las mejores pieles!

Se acostaron pronto, huyendo del ruido.

La lluvia era terrible, no había viento y caía a plomo, con fuerza, produciendo por todas partes goterones y pequeñas corrientes.

Del tejado caía sobre la acera, en torno a la casa, una verdadera cascada, y los desagües en desnivel lanzaban a la pradera chorros que producían surcos en el césped.

Era en verdad una lluvia terrible, y duró toda la noche, sin cesar un momento.

Y continuó cuando se hizo de día, quizá con mayor empuje aún.

Samuel, que dormía siempre en el diván, para mantener una vigilancia discreta ante la posible llegada de algún visitante, es decir, para estar siempre cerca de la puerta, despertó a la hora en que solía hacerlo. Abrió los ojos.

—Aún es de noche, apenas hay luz...

Quiso volverse a dormir, pero no lo conseguía.

—Esta maldita choza debe estar llena de goteras. Seguro que ese lindo tejado de barda es un coladero.

Abrió los ojos. Apenas veía. Claro que la mañana debía ser muy oscura. Miró su reloj, acercándole mucho a los ojos.

—¡Pues son ya más de la nueve de la mañana! ¡Vaya oscuridad!

La cortina del gran ventanal estaba corrida, claro, pero era traslúcida y dejaba normalmente pasar la luz.

Sin embargo, aquella mañana parecía opaca. Samuel, bostezando, fue hacia ella, tirando del cordón.

Quedó quieto ante el ventanal, contemplando el gran cristal con estupor.

Todo el gran recuadro, cruzado por finas barras de madera blanca, estaba cubierto por el exterior de enormes hojas verdes, de tallos oscuros que goteaban agua a chorros. Y entre ellas, se abrían unas flores rojas, enormes, que parecían palpar.

Durante la noche las plantas de Barbados habían estallado. Las flores, al rozar el cristal, dejaban en él unas manchas rojas, como de sangre, que se deslizaban sobre la superficie, y luego el agua hacía desaparecer, volviéndolas primero sonrosadas.

Samuel retrocedió, horrorizado. Aquellas hojas que se movían sin el menor viento, aquellas flores casi carnales que goteaban sangre... ¡Parecían contemplarle a él!

¡Y continuaban creciendo, podía percibir cómo ascendían, cómo se cerraban, hasta ocultar por completo la pradera, mientras la terrible lluvia continuaba cayendo sobre ellas!

CAPÍTULO 9

LEVENIA se despertó al oír los pasos rápidos de su marido por la escalera. Tocó a Linda en un hombro.

—Despierta, me parece que ha debido llegar alguien, tu padre sube.

—¡Ojalá sea la herencia! Ya no puedo aguantar más...

Samuel apareció en la puerta de la habitación, gritando:

—¡Apartad esas cortinas! ¡Deprisa!

Como las mujeres no le entendían o al menos no le obedecían con la rapidez que él quería, Samuel corrió hacia la ventana, abriendo las cortinas.

Sí. Tal como temía. ¡Las plantas habían llegado hasta la altura del piso, y se cerraban ante la ventana, sumiendo la habitación en las tinieblas!

Linda no parecía darse cuenta de lo que sucedía. Levenia sí.

—Samuel. ¿Qué es eso?

—Las lluvias lo han producido, es terrible, jamás vi una cosa igual. Pero voy a buscar a Charles, y aunque trabajemos durante todo el día, arrancaremos esas malditas cosas que están envolviendo la casa.

—Esas flores..., parecen sangrar...

—No vamos a dejarnos dominar por la fantasía; después de todo sólo son flores, aunque extrañas. Tienen algún colorante que la lluvia aviva, eso es todo. Pero realmente es impresionante...

—Es que..., se mueven, Samuel. ¡Si nos cambiamos de sitio se mueven en el mismo sentido!

Era así, y la mujer empezó de pronto a llorar. Linda preguntaba:

—¿Qué os pasar ¿Por qué os ponéis así por unas plantas? ¡Pues las flores son lindas, ¿no?!

Samuel salió de allí, llamando a gritos a Charles. El joven había encontrado una caja de whisky y en las últimas noches nunca se sabía dónde quedaba dormido después de beber largamente.

Estaba al final del pasillo, acurrucado en una butaca. Tuvo que agitarle con fuerza para despertarle.

—¡Imbécil, siempre fallas en el momento más difícil!

A empujones le metió en el cuarto de baño, lanzándole sobre el plato de la ducha. Luego abrió el paso del agua que cayó sobre el joven. Cuando éste se dio cuenta de lo que sucedía, maldijo entre dientes, mirando a su padre con odio.

Se arrastró fuera de la ducha.

—¿Qué diablos quieres?

—Ponte en pie. ¡Y mira!

La ventana del baño tenía cristal opaco. Por eso, para que Charles pudiera ver lo que había fuera, Samuel la abrió, de golpe.

Las plantas estaban allí, claro. Empapadas, brillantes de verdor.

¡Y cuando la ventana se abrió, con una rapidez casi eléctrica, se lanzaron hacia el interior, agitando los zarcillos que culebreaban en el aire como buscando a dónde asirse!

Una enorme flor roja empezó a desplegar sus pétalos, avanzando también hacia el interior, goteando líquido rojo y llenando el local de un nauseabundo olor a podredumbre.

Samuel cerró la ventana al instante. Y ante el movimiento del bastidor, las plantas retrocedieron con la misma velocidad. Aún así, al cerrar, unos tallos quedaron cogidos. Su dureza era tal que ni Samuel ni Charles, que ahora había acudido en ayuda de su padre, lograban encajar el bastidor en el marco.

Se produjo un silbido apagado, como un lamento tenue, y el último tallo se deslizó hacia afuera.

Al fin la ventana pudo ser cerrada y asegurada con el pestillo. En el cuarto de baño había quedado el olor espeso, como a animales descompuestos, a hojarasca podrida. Y los dos hombres miraban aún con terror a la ventana, en la cual los tallos aprisionados habían dejado un rastro de savia oscura.

—Ya lo has visto. No sé qué diablos de plantas serán, pero vamos a salir para acabar con ellas. Las arrancaremos, las quemaremos, las arrasaremos del algún modo —dijo Samuel.

—Sí, en la caseta tenía el Coronel muchas herramientas.

Samuel le dijo a su esposa lo que iban a hacer. Ella contestó:

—Voy a buscar ropa de agua, y os ayudaremos. Vamos, Linda.

Los dos hombres también se colocaron impermeables y botas, naturalmente del ropero de Cecil Savaje.

Luego Charles bebió un trago, «para defenderse de la lluvia», y él y su padre se dispusieron a salir de la casa.

La puerta de «Walpone Manor» era de grueso roble, del mismo rústico estilo de toda la casa. Samuel descorrió los cerrojos, sujetó el pomo, tirando de ella.

No se movía. Miró a su hijo, desconcertado. Charles rio nerviosamente.

—La llave. Estará dada vuelta.

Samuel la giró dos veces, hasta convencerse de que estaba abierta la cerradura. Entonces volvió a tirar del pomo...

Era inútil. La puerta había sido, de algún modo que no podían comprender, inmovilizada. Charles, maldiciendo, cogido a uno de los cerrojos, tiró también. Nada.

Se miraron. El joven masculló:

—La cocina. La puerta de la cocina.

Fueron hacia la cocina. Las dos mujeres se les unieron, muy pálidas, porque empezaban a intuir que algo terrible estaba sucediendo. Samuel se volvió hacia ellas.

—Calma, no empecéis a gritar. Esto lo arreglaremos...

La puerta de la cocina tampoco podía abrirse, tal como esperaban. Parecía soldada al muro, no cedía ni un milímetro, pese a sus esfuerzos.

—La han sujetado esas ramas que se mueven, son como cables de acero... —dijo Charles.

Los cuatro se miraron. La ventana de la cocina, de la cual habían levantado la persiana veneciana, mostraba las plantas, cada vez más tupidas. Levenia murmuró:

—Bueno, son sólo unas plantas. Si han bloqueado las puertas saldremos por una ventana. ¿No hay herramientas?

—La pala y la azada las volvimos al almacén, fue idea de pá, dijo que en el sótano podían resultar sospechosas. De modo que...

Samuel abrió todos los cajones de la cocina, encontraron algunos cuchillos, no muy afilados. Y un hacha. Posiblemente no había más herramientas en la casa. Samuel esgrimió el hacha.

—Si consigo salir por una de las ventanas y atravesar esa barrera de plantas, llegaría al almacén de jardinería, donde hay herramientas más poderosas. Vamos a intentarlo. Tú abrirás, Charles. Vosotras, ayudadme con algo, esas escobas, lo que sea...

El joven dijo:

—Suponiendo que podamos abrir la ventana. Seguramente también la habrán sujetado.

Así era. Mirando con cuidado por el cristal, vieron las lianas pegadas al marco, como soldadas a él. Y también comprobaron cómo las enormes flores rojas se acercaban velozmente cuando ellos se aproximaban al cristal, moviendo sus pétalos ansiosamente...

Samuel maldijo entre dientes.

—Llamaremos a la ciudad, a las autoridades. No hay más remedio. Si preguntan por el Coronel diremos que se fueron de viaje.

—Su coche está en la cochera, les parecerá raro.

—¡Bueno, ¿es que no lo comprendes?! ¡Esas malditas flores van a

entrar de un momento a otro! —gritó Samuel.

Cogió el teléfono de la cocina, con decisión, para pedir ayuda. Nada más llevarle al oído, comprobó que no había señal. Rabiosamente golpeó dos o tres veces en la horquilla. Luego, colocándolo en su sitio, se fue a la sala, donde había otro.

—¡No hay línea! ¡La han cortado!

—¡Por Dios, Samuel! ¿Quién ha podido cortarla? ¿A quién te refieres?

El marido volvió a la cocina. Señaló la ventana, a las plantas.

—¿Quién quieres que sean? ¡Ellas! ¿Es que no lo has comprendido? ¡Nos han sitiado, nos han rodeado, han bloqueado las puertas y cortado la línea del teléfono! ¡Míralas! ¡Te digo que son inteligentes y se disponen a devorarnos! ¿Es que no lo habéis comprendido aún? ¡Son plantas carnívoras, devoradoras, se alimentan de sangre y buscan la nuestra! ¡Algún extraño fenómeno ha hecho que la lluvia de anoche las haya dotado de ese desarrollo monstruoso! ¡Mirarlas! ¡Están vivas!

* * *

Los cuatro miembros de la familia Cauley miraban fascinados la ventana de la cocina, al otro lado de la cual las misteriosas plantas de las Antillas, celosamente guardadas por los sacerdotes del «vudú», y brutalmente desarrolladas en el frío clima del Norte de Inglaterra y en las secas tierras de brezos, se agitaban.

Las palabras de Samuel les habían dejado horrorizados. Parecían incapaces de moverse. Miraban cómo las plantas se aplastaban sobre el cristal, cómo las flores le manchaban de rojo.

—Será mejor... irnos de aquí —dijo Charles.

Cuando acababa de hablar, el cristal de la ventana estalló en mil pedazos bajo la presión de las plantas. Todos cerraron los ojos instintivamente, cubriéndose la cara con las manos. El estallido había sido muy ruidoso y le siguió una racha de frío y humedad y una bocanada del olor a podredumbre, un olor como una concentración de los olores de las selvas tropicales, alzándose sobre un lecho de descomposición.

Charles gritó:

—¡Cuidado, se nos vienen encima!

Las largas y finas ramas tentaculares, estremeciéndose, se agitaban como látigos, buscando dónde asirse. Las hojas se estremecían. Y las grandes flores palpitaban, aún más rojas.

Levenia retrocedió hacia la puerta, Samuel, agitando el hacha, les pedía a gritos que se dieran prisa. Linda tropezó en la mesa que estaba

en el centro, y el terror la dejó un instante quieta.

Fue suficiente para que dos de las lianas se enroscaran en uno de sus brazos. Inmediatamente tiraron de ella. La joven gritaba con espanto, no podía resistirse y fue arrastrada hacia las hojas y las flores.

Samuel Cauley empezó a golpear con el hacha los rizomas, con toda su fuerza, mientras pedía a Charles que le ayudara. Pero el joven no se movía, el miedo le había inutilizado; temblando, vio cómo su hermana era rodeada por las hojas. La joven seguía gritando.

Una de las enormes flores palpitantes se lanzó sobre ella, con la velocidad de una cobra. Pareció pegarse a su rostro, adherirse como una ventosa, mientras los pétalos se abrían, se desplegaban por completo, envolviendo la cabeza.

El alarido de Linda fue ahogado. Levenia ahora golpeaba las lianas con una silla, maldecía, mientras su marido daba una y otra vez golpes con el hacha en las finas ramas, que no cedían.

Fueron unos instantes terribles, Linda cayó al suelo, sin que la flor se despegara de su rostro, puesto que la siguió en la caída. Las hojas se inclinaban también, para cubrir el cuerpo de la joven.

Samuel, desesperado, sujetando el hacha con las dos manos, logró golpear el tallo de la flor y los pétalos se crisparon, se enroscaron y las ramas se agitaron, como heridas.

Fue sólo un momento, Levenia cogió a su hija por las piernas, tirando de ella. La flor se despegó, alzándose. ¡Goteaba sangre sobre el suelo!

Gritando, la mujer pudo arrastrar a su hija hasta fuera de la cocina. El rostro de Linda estaba completamente ensangrentado, el brazo donde había sido sujetada por las lianas, también.

Las plantas retrocedían, lentamente. Samuel empujó a su hijo.

—¡Fuera, cobarde, maldito inútil, sal ahora mismo!

El salió también, cerrando la puerta de la cocina. Levenia, de rodillas sobre el suelo! trataba de limpiar el rostro de su hija.

—¡Mi pobre Linda, le ha destrozado el rostro! ¡Dios, la estaba devorando! ¡Necesita un médico, Samuel! ¡No te quedes ahí, nuestra hija necesita un médico!

El rostro de Linda, de vulgar pero efectiva belleza, ofrecía un terrible aspecto. La flor había desgarrado sus tejidos, arrancando y absorbiendo parte de la piel, parte de la nariz... Por fortuna los ojos no habían sido afectados.

—No hay médico. Si vive tiene mucha suerte —contestó Samuel—. No sé cuánto viviremos nosotros. ¡Ese hombre, el Coronel! ¡Va a acabar con todos después de muerto! Él sabía cómo eran estas plantas, le están vengando.

CAPÍTULO 10

LINDA recobró el conocimiento, pero quedó como absorta, por suerte para ella. Ella, tan coqueta, no quiso mirarse a un espejo, con lo cual se ahorró el sufrimiento de contemplar su rostro mutilado.

Su madre le había limpiado, desinfectado las heridas y cubierto algunas con tiras adhesivas de tafetán. Pese a su terrible dureza, los Cauley se encontraban desmoralizados. Miraban constantemente la puerta de la cocina, dentro de la cual se oían leves ruidos, como chasquidos de ramas, como el rozar de hojas en un bosque.

Todas las ventanas de la casa habían sido cubiertas con cortinas y persianas, por lo que tenían encendidas las lámparas. Pero sabían por experiencia que «ellas», las ramas tentaculares y las flores carnívoras, podían destrozar las vidrieras cuando quisieran.

—Quizá si no nos ven... —dijo Charles.

—Puede que no sientan el impulso de entrar, sí —dijo el padre.

Hablaban de las plantas como de seres inteligentes, con visión, con facultad para pensar.

Continuaba lloviendo. Samuel tenía la esperanza de que si dejaba de llover, las plantas cesaran en su ataque. Fue Levenia, siempre más inteligente, quien recordó:

—El Coronel anotaba todo sobre sus plantas en una libreta..., puede que si estaba, como creemos, estudiando éstas, conociera cómo controlarlas. Era un gran experto...

—¡Un maldito loco, sólo un loco plantaría unas plantas como esas en torno a la casa! —murmuró Charles.

—La libreta, sí... —comentó Samuel—, Pero la enterramos con él. ¡Todo lo hemos hecho mal! ¡Todo es culpa tuya, imbécil! ¡Si no hubieras matado a la mujer, ahora ellos estarían vivos, el Coronel sabría cómo deshacerse de las plantas!

Levenia decidió:

—Busquemos la libreta.

—¡Te digo que la enterramos con él!

—Bueno, pues le desenterraremos.

Samuel palideció.

—¿Desenterrarle? ¡Estará...!

—¡Mira a tu hija! ¡Escucha el ruido que hacen las plantas! ¡En cualquier momento entrarán! ¿Sabes cómo defenderte de ellas? ¿A tiros?

Samuel asintió.

—Bien. Desenterraremos al Coronel.

* * *

Linda no había querido quedarse sola en la sala, y había bajado con su familia al sótano. Entraron en él con mucho recelo, no lo habían pisado desde el día en que enterraron al Coronel.

Por fortuna, la luz eléctrica no había dejado de funcionar, como el teléfono. Samuel explicó:

—Cortaron el teléfono para aislarnos del pueblo. La luz eléctrica nos la dejan usar porque no podemos emplearla contra ellas.

Se referían a las plantas como a enemigos inteligentes y ya no les causaba la menor extrañeza. Al entrar en el sótano, Linda lanzó un grito y empezó a temblar.

Señalaba la antigua trampilla del carbón. Por ella entraban algunas ramas, como con cierta timidez.

—¡Están aquí! ¡Salgamos! —dijo la joven.

Samuel observó las plantas.

—No, dedícate tú a vigilarlas, Linda. No dejes un momento de mirarlas; si se muestran agresivas, nos avisas.

Linda lloraba, pero asintió. Por fortuna no había ninguna de las espantosas flores rojas. Sólo hojas y algún zarcillo en quietud.

Su única herramienta era el hacha, incluso los cuchillos habían quedado en la cocina. Localizaron las losas y después de buscar un punto pudieron apalancar la primera de ellas y alzarla. Poco después habían descubierto la fosa.

Los tres, ya que Linda parecía haberlos olvidado y contemplaba con hipnótica fijeza la planta de la carbonera, miraron la rojiza tierra que las losas habían aplanado perfectamente. Luego, Samuel suspiró, diciendo:

—Empecemos...

Con la hoja del hacha fue apartando la tierra. Pronto aparecía más suelta. Charles le ayudaba con las manos. Se movían en silencio y casi sin mirarse. Poco a poco, conforme iban adentrándose en la fosa, trabajaban más lentamente, como si temieran encontrar lo que sabían que iban a encontrar.

De pronto, Charles lanzó un grito, apartando las manos. Entre la tierra había aparecido un gusano. Y casi al momento, se produjo un leve ruido, como el barbotar de una olla al romper a hervir su

contenido.

La tierra se apartó un poco, soltando un golpe de aire fétido y un enredado montón de gusanos blancos brotaron por el hueco.

Charles se levantó, lloriqueando.

—¡No puedo, no puedo!

Un olor espantoso llenó el sótano. Levenia le cogió por el cuello.

—¡Sigue! ¡Sigue, cobarde!

El joven volvió a arrodillarse. Con los ojos cerrados, conteniendo el aliento para no respirar aquel terrible hedor, removía la tierra. Su padre lo hacía más rápidamente.

Apareció un trozo de la chaqueta que el Coronel vestía. Samuel apartó la tierra. Un tropel de gusanos salieron por sus manos y los apartó con terrible repugnancia. Intentaba buscar en la ropa, sin descubrir el cadáver.

Pero al moverla, la tierra se desplazó a un lado y apareció el rostro de Cecil Savaje.

Esta vez, incluso la dura Levenia murmuró una frase de temor.

El rostro del Coronel parecía hervir. Sus ojos habían desaparecido, sustituidos por una masa sanguinolenta de la cual brotaban gusanos ciegos que corrían alocados. Otros surgían de la nariz, carcomida ya, de la boca, muy abierta, mostrando una negrura agitada por otros gusanos.

Samuel se apartó. El olor era mareante, ni siquiera él podía resistirlo, se cubrió la boca y la nariz con un pañuelo. Al dejar de soportar la presión de la tierra, el rostro empezó a reventarse con pequeños estallidos que lanzaban fuera la materia putrefacta del interior.

Charles abrió los ojos y al ver aquel espanto empezó a gritar y a sollozar. Una mano del cadáver pareció moverse al mismo tiempo, desplazada por unos terrones que rodaron a un lado. El gas que brotaba de la fosa la alzó un poco y por un instante pareció que tenía vida. Rozó una mano de Charles, que se apartó, ya presa de un ataque de histeria.

La mano, manchada de tierra, de humores descompuestos, había sido ya medio devorada, en algunos puntos asomaba el blanco hueso.

Levenia apartó a los dos hombres. Con el gesto endurecido, hurgó entre la tierra, como quien decide lanzarse de una vez a una batalla.

Buscaba los bolsillos. Tropezó con cosas que se movían, con masas pastosas que en su imaginación identificaba como espantosas materias putrefactas. Y al fin encontró el contacto del cuaderno y pudo sacarlo, arrojándolo sobre las losas, con repugnancia.

—¡Ya podéis cubrirlo! —dijo.

Los dos hombres echaron la tierra con rapidez. Charles de nuevo

con los ojos cerrados. Luego, ya en pie, pisaron la tierra, que se hundía blandamente.

Levenia se fue a un rincón y empezó a vomitar. Aún cuando el cadáver había sido cubierto por completo, el olor continuaba siendo insoportable. Linda, sin embargo, no parecía notarlo. Dijo a su madre.

—No se mueven. No atacan...

Se refería a la planta. Los hombres corrieron las losas, encajándolas. No hicieron un trabajo tan acabado como la vez anterior. Estaban deseando salir de allí. Charles fue el primero en hacerlo, corriendo al cuarto de baño. Se quitó la camisa y se metió bajo el agua, respirando con ansia.

Levenia, muy pálida y desencajada, tomó el cuaderno, después de moverlo un poco con los pies, para convencerse de que sólo tenía algo de tierra. Por lo demás estaba limpio. Le sacudió contra el suelo, diciéndole a su hija:

—Sal ya, Linda. Samuel, vamos...

Se lavaron mucho, cubriendo de espuma de jabón las manos y los brazos. Levenia aún sentía nauseas, pero su carácter la defendía de todo y no volvió a vomitar. Luego se reunieron en la sala, agotados por el miedo y la repugnancia.

Ninguno de ellos, salvo Linda, podía olvidar el rostro de Cecil Savaje. Por lo demás, en la cocina las plantas invasoras producían algún ruido de vez en cuando. Aquello les volvió a la realidad, al peligro. Y Levenia dijo a su marido:

—Mira esa libreta. Nos ha costado demasiado conseguirla para olvidarla ahora. Supongo que estará al final, cuando vinimos las plantas eran pequeñas.

Samuel empezó a mirar en las últimas hojas de la libreta.

Dentro de ella había otros papeles, notas apresuradas con fechas y algunas claves que Cecil Savaje usaba para indicar floraciones, trasplantes, resultados de cruces e injertos y cosas por el estilo.

Todos los nombres que encabezaban las notas pertenecían a especies que incluso personas poco interesadas en la cuestión, como Samuel, podían atribuir a plantas corrientes de jardinería. Y sólo unas notas sobre una plantación, con fecha de trasplante.

—¡No hay nada! ¡Parece que no anotó nada especial sobre estas malditas plantas! ¡Además, no sé cómo se llaman, podía ser alguna de estas raras palabras en latín!

Levenia se lo quitó de las manos, violentamente, y entonces una hoja de papel doblada en cuatro partes cayó al suelo.

—¡Puede que sea esto! ¡Él lo anotaba todo!

Alzó del suelo el papel, desdoblándolo. Lo miró rápidamente y como tantas personas, miró primero el final. Al momento se crispó.

—¡Es una carta de Guilford!

—¡Puede que ahí esté, son plantas tropicales, tuvo que mandárselas él! ¡Vamos, léelo!

Levenia empezó a leer, primero mentalmente. Luego en voz alta, después de advertir:

—¡Escuchad esto! Es una carta de Guilford, se la envió al Coronel hace sólo unos meses, cuando los médicos le anunciaron su fin...

—Le diría que le había nombrado heredero universal, ¿no?

—Sí, se lo dice. Pero añade algo más...

—¿Habla o no de estas cochinas plantas? —quiso saber Charles.

—Sí, habla de ellas. Al parecer se trata de unas plantas que tienen un gran valor debido a su rareza, consiguió las semillas de unos indígenas de Barbada, son plantas para los ritos «vudú», pero realmente Guilford no sabía nada más de ellas, y ni menciona su condición de carnívoras, se las mandó sólo porque el Coronel era aficionado y porque le dijeron que eran raras y valiosas. De lo que realmente habla es de su herencia...

—Ahora, la verdad, preferiría noticias sobre estas plantas — comentó Samuel.

—Escuchad lo que dice sobre la herencia. Os va a interesar — advirtió Levenia—. Después de todo vinimos hasta aquí por ello. «Cuando empecé a sentir los primeros síntomas de esta enfermedad que ahora va a rematarme, comprendí que debía pensar en dejar a alguien la fortuna que tanto me había costado conseguir, y que, la verdad, en aquellos momentos, empezaba a significar poco para mí. No tengo hijos, ni sobrinos. Desde hace algún tiempo sólo pienso en Inglaterra, en mi niñez, que había olvidado por completo. Los negocios, la ambición, el deseo de triunfar, que me trajeron a estas tierras, ahora están dejando de tener importancia. Volviendo a mi niñez he recordado muchas cosas olvidadas y te he recordado a ti, Cecil, que seguramente no has vuelto a pensar en mí. Mi primo Cecil, el militar..., eras un niño dominante y autoritario y cuando nos reuníamos en la casa de los abuelos te convertías en el jefe de todos. Un día tú me defendiste cuando los otros me agredían, otra vez mentiste para salvarme de un castigo, son pequeñas cosas, pero entonces tú eras mi ídolo y ahora he vuelto a recordarlo, he comprendido que fuiste el único pariente al que en un momento de mi vida tuve verdadero cariño. Por eso, cuando pensé en disponer de mis bienes, te nombré mi heredero. En ese momento creía dejarte beneficiario de una gran fortuna y por eso hice testamento. Pero ha pasado algún tiempo y ahora, cuando los médicos acaban de decirme que me queda muy poco tiempo de vida, es decir, cuando estás muy próximo a recibir mi herencia, querido Cecil, siento mucho decirte que no recibirás nada. Estoy arruinado. Sólo lo saben mis abogados y

banqueros y, naturalmente, mis acreedores. De pronto todo se descompuso, todo...»

Samuel gritó, comprendiendo.

—¡Que...! ¿Qué está arruinado?

—Exactamente. Eso es lo que dice en esta carta que hemos sacado de la tumba del primo Cecil.

—¡Pero..., y las plantaciones, y las factorías, y la casa grande, y todo...!

—Hipotecado por varias veces, ni siquiera puede pagar los intereses, lo ha perdido todo y se lo arrebatarán en cuanto muera. Es decir, hemos venido desde la Isla y matado a los Savaje, y pasado todas estas calamidades, para nada.

Hubo un silencio. Samuel negó, moviendo la cabeza con fuerza:

—¡No, no es posible, es una burla, siempre le quedará algo, dinero, algo puesto fuera del alcance de sus acreedores, nunca notamos nada en aquella casa, tú lo sabes...!

—La ruina de los potentados es así, los acreedores les sostienen hasta el último momento con la esperanza de cobrar. Pero no ha quedado nada, lo dice claramente. Unas cosas personales que él envió al Coronel. La venta de todas sus propiedades no cubriría sus deudas. Se arruinó en mucho menos tiempo del que necesitó para enriquecerse, el inicio de su enfermedad le privó de su afán de lucha, abandonó el trabajo y...

Samuel empezó a golpear los muebles, a maldecir, a lamentarse de su mala suerte.

—¡Tanto trabajo para nada, todo estaba planeado, previsto, y ahora nada...! Teníamos derecho a esa herencia, nos pertenece, le soportamos durante años y estaba engañándonos miserablemente, haciéndonos creer que era multimillonario, canalla, maldito canalla, sin duda ocultó su ruina para que no le abandonásemos, para tenernos a su servicio por una miseria, ahora recuerdo que los últimos meses nos pagaba con algún retraso, yo creía que era por su estado de salud, y nos ha engañado como a idiotas; cuando sus abogados, cuando el Coronel ya sabía la verdad, nosotros continuábamos reverenciándole por una fortuna que no tenía! ¡Yo le habría escupido a la cara de saber que estaba arruinado, le habría dicho lo que realmente pensaba de él, le habría maldecido por tantas humillaciones! ¡El gran señor y sólo tenía deudas! ¡Se ha reído de nosotros! ¡Pero yo volveré a la Isla, volveré antes de que se muera de una cochina vez, y le diré...!

—¿Cómo volverás? —preguntó Levenia.

—No tenemos dinero, pá —observó Charles.

—¡Volveré a nado, si es preciso!

Levenia dobló la carta con cuidado, diciendo:

—Cálmate. Creí que ya te habías dado cuenta; en cierto modo, Guilford no nos ha defraudado. Queríamos su herencia y la tenemos.

—¿Qué dices?

—Lo único de algún valor, al menos teórico, que le quedaba, nos lo ha dejado. ¡Esas plantas! ¡Esas plantas que nos rodean!

CAPÍTULO 11

TODOS se estremecieron. Linda murmuró:

—¡Las plantas...!

Llevó las manos a su rostro, recordando. Y en el mismo momento se produjo un enorme ruido de cristales. La cortina que cubría el gran ventanal fue agitada como por un vendaval, alzándose hasta el techo.

Vieron cómo el cristal había sido destruido y una masa espesa de ramas y hojas, de zarcillos culebreantes y de enormes flores rojas, penetraba en la sala impetuosamente, como liberado después de haber sido contenido algún tiempo por el cristal de la ventana.

Y con ello el olor nauseabundo que era realmente olor a muerte. Y la terrible humedad...

Los Cauley retrocedieron. Las plantas, después del primer impulso, se habían detenido, y después empezaron a buscar su presa, tanteándolo todo. Samuel, presa de un ataque de furia, aferró una lámpara de pie, arrancando el enchufe, una lámpara metálica, y usándola como maza golpeó a la planta, una y otra vez.

Las finas y largas ramas respondían a los golpes encogiéndose, como un animal que percibe el dolor. Retrocedían incluso, pero al momento volvían a avanzar. Y pronto iniciaron un movimiento envolvente para esquivar los golpes de Samuel y rodearle.

Levenia le advirtió:

—¡Sam, retrocede, de prisa!

El hombre lo hizo, cuando ya uno de los zarcillos rozaba su brazo. Lo apartó de un manotazo, tirando la lámpara, porque no había conseguido destruir una sola de las ramas.

—¡A la escalera! ¡Subid!

Los dos jóvenes, sin ocuparse para nada de sus padres, corrieron a la escalera. Samuel y Levenia les siguieron, sin volver la espalda a las plantas, que estaban extendiéndose por el salón, trepando sobre los muebles, rodeando los obstáculos mayores, agitando levemente las grandes flores sanguinarias.

Samuel gruñía.

—¡Algo habrá que las destruya, debo encontrarlo! ¡Quizá el fuego!

Pero si usaban el fuego seguramente ardería la casa entera con

ellos dentro. Levenia tiraba de él.

—¡Sube, de prisa!

Cuando llegaron a lo alto de la escalera, las plantas ya eran dueñas por completo de la sala, pero no parecían seguirles. Era como si estuvieran examinando su posesión, trepaban por las paredes, derribaban los cuadros, se enroscaban en las columnas...

Arriba, los dos jóvenes temblaban. Linda lloraba, su hermano parecía incapaz de reaccionar. Retrocediendo, llegaron ante la abierta puerta del cuarto de baño. Samuel miró hacia él, para comprobar si la ventana había resistido. Estaba aún intacta. Vio el calentador de agua, e inmediatamente pensó en un recurso.

Entró en el cuarto, encendiendo el calentador de propano, que era automático. Luego tomó el brazo de tubo flexible de la ducha. Por desgracia no era demasiado largo, pero llegaba hasta la puerta.

Arrancó la regadera y presionó el extremo del tubo, luego le dijo a su esposa:

—¡Abre el agua caliente!

El calentador era instantáneo. Al momento el agua, ya caliente, salía por el extremo del tubo. Samuel la dirigía como en el riego de un jardín, en arco, sobre la escalera. Poco a poco el tubo se iba calentando y los dedos que oprimían el extremo se quemaban, pero soportó el dolor.

Su esposa se había acercado al final de la escalera y dijo:

—¡Están empezando a subir, Sam!

Samuel, apretando los dientes, logró lanzar más lejos el agua. Y Levenia vio cómo caía sobre los escalones, salpicaba y luego corría sobre ellos, llegando a la sala.

¡Y las ramas que el agua alcanzaba retrocedían con fuerza, como asustadas!

—¡Sí, Sam, retroceden, el agua caliente las detiene, estamos salvados!

Sam empezó a reír. Por desgracia no podía llegar más lejos; cuando las plantas se replegaron hacia el centro de la sala, donde el agua no les alcanzaba ya que se perdía bajo la escalera por la entrada al sótano, se dio cuenta de que se trataba tan sólo de una tregua.

Volvió a mirar la ventana del cuarto de baño. Uno de ellos quizá lograra saltar por ella, la altura no era mucha. Charles era el más indicado.

—Charles. Vamos a apartarlas de esa ventana para que puedas saltar y correr al pueblo. ¿Comprendes?

Charles negó, moviendo la cabeza con fuerza.

—¡Sólo tienes que saltar y avisar a la gente, que vengan los bomberos, todos los que puedan! ¡Diles lo que sucede, nosotros

trataremos de defendernos con el agua caliente!

—¡No saldré, me atraparán, ya viste lo que le hicieron a Linda!

—¡Cobarde, te digo que podrás hacerlo! ¡Abre la ventana!

—¡No!

Samuel le sacudió una bofetada y el joven, aturdido, abrió la ventana.

Samuel esperaba frente a ella. Tal como siempre sucedía, las plantas penetraron de golpe. Samuel sujetaba el tubo de la ducha y su esposa esperaba junto a la llave.

—¡Abre! —gritó Samuel.

Los primeros zarcillos ya rozaban el rostro de Samuel cuando éste dirigió el chorro de agua humeante sobre la planta. La vieron retorcerse, retroceder, encogiéndose. Las flores se apretaron, como para protegerse escondiendo el cáliz. Se hicieron pequeñas y perdieron su vivo color rojo.

En unos instantes la ventana quedó libre y vieron el bosque y la cortina de lluvia. Incluso el característico olor de las plantas desapareció.

Samuel, entusiasmado, continuó vertiendo agua sobre la ventana. Parte caía dentro, y el suelo ya estaba encharcado, pero mucha saltaba fuera, sobre las plantas, que continuaban retrocediendo.

Le entregó el tubo a su hija, y él se asomó a la ventana, aunque recibiera en la espalda el chorro de agua humeante. Las plantas cubrían toda la fachada, era espantoso, pero habían abierto en ella una brecha.

—Charles, ¡date prisa! ¡Salta lo más lejos que puedas y corre!

—¡No, no lo haré!

—¡Canalla, puedes ser el único que salgas con vida de aquí! ¡Salta!

Charles parpadeó, de prisa. ¡Escapar con vida! ¡Sí, él quería huir, quería vivir!

Lanzando un grito de alegría se lanzó hacia la ventana. Su padre le sujetó por un brazo.

—¡No nos abandones, hijo! ¡Pide ayuda!

Charles le miró con una sonrisa brutal.

Se puso en pie en el borde de la ventana, un poco inclinado, pues no era demasiado alta.

—¡Descuida, padre! ¡Claro que me salvaré! ¡Y me daré mucha prisa en alejarme de aquí, mientras las plantas os devoran, no quiero ir a la cárcel, y todos iríamos si alguien viene a salvarnos y descubren los cadáveres del sótano! ¡De modo que hasta nunca!

—¡Charles! —gritó Levenia.

Charles acababa de saltar, pasando por el hueco dejado por las

plantas, limpiamente.

Cayó al césped, más allá de los bancales. Se había desnivelado y quedó medio tendido, aunque sólo un instante.

Se incorporó y volviéndose lanzó otra burlona sonrisa a los que le miraban desde la ventana. Aquel instante, aquella décima de segundo que dedicó a una última y brutal burla, fue su perdición.

Escondido entre la hierba, uno de los rizomas, de los zarcillos, saltó de pronto a sus pies, como una víbora, y se enroscó en su tobillo derecho.

Charles dejó de reír, lanzando un grito. El pánico le dejó quieto y un segundo zarcillo prendió en la otra pierna.

Samuel le gritó:

—¡Corre! ¡Rómpelas!

Charles miraba a sus pies, y no se movía, ni siquiera lo intentaba. Bruscamente, las dos ramas retrocedieron, al mismo tiempo, y el joven fue derribado, cayendo de espaldas.

Samuel quiso saltar por la ventana, pero su mujer le sujeto, impidiéndoselo.

—¡Caerás sobre las plantas, no, tú no!

Ahora otras lianas habían aparecido, cogiendo a Charles por las piernas, por un brazo. Y, velozmente, fue arrastrado sobre la hierba, mientras chillaba pidiendo ayuda, llorando como un niño.

Las lianas le iban envolviendo y atrayéndole hacia el bancal. Las grandes hojas se agitaban, como dominadas por un gran nerviosismo.

Charles logró incorporarse un poco, pero un tirón le hizo dar vuelta y caer de bruces sobre las plantas, mientras lanzaba un alarido de angustia.

Al momento, las hojas se inclinaron sobre él, otros zarcillos, silbando tenuemente, saltaron en el aire, cayendo sobre el cuerpo, atenzándolo y hundiéndose en su carne.

Desde la ventana, Samuel trataba de llegar a donde su hijo se debatía entre las plantas, con el agua caliente. Pero no lo conseguía.

Levenia lloraba. Charles estaba ahora gritando de un modo espantoso, y las hojas que le cubrían, que se movían sobre él, empezaron a mancharse de sangre en sus bordes acerados, que cortaban una y otra vez, como cuchillos.

Luego aparecieron las flores, enormes, muy abiertas, que parecían temblorosas, más vivas de color que nunca. Abriéndose paso entre las hojas se depositaron sobre el cuerpo, donde había piel al descubierto.

Se pegaron a él como ventosas, en la cara, en los brazos, donde las ramas habían desgarrado la ropa y aparecía la carne ensangrentada.

Los gritos del joven, completamente inmovilizado sobre el suelo

por decenas de férreos cordones vegetales, eran horribles. Otras flores fueron doblando su tallo sobre él, la sangre empezaba a correr sobre la tierra.

Después una flor aprisionó la boca de Charles, acallando sus gritos. El cuerpo se estremecía, mientras se iba desangrando.

Samuel apartó a su mujer, que parecía a punto de desmayarse. Porque las plantas estaban de nuevo rodeando la ventana y ya empezaban a rozarles.

Habían cesado abajo todo ruido. Las hojas y las flores continuaban acudiendo al festín, enredándose, avanzando entre sacudidas. La sangre era lo único que se veía del cuerpo de Charles Cauley, devorado vivo por las extrañas plantas carnívoras.

CAPÍTULO 12

LOS sollozos de Levenia, acurrucada en un rincón del cuarto, se unían al ruido del agua corriendo en el suelo. Linda había vuelto a su estado de estupor, y Samuel murmuraba:

—¡El muy traidor, pensaba abandonarnos, pero era mi hijo y ha muerto de un modo...!

Linda gritó, de pronto:

—¡Moriremos todos igual, están subiendo por la escalera, las oigo!

Samuel despertó. Con furia salvaje, aferró el tubo del agua, y se dispuso a lanzarla sobre la escalera. Apretando los dedos sobre el borde, apreció que el agua que salía era fría.

—¡Levenia! ¡El otro grifo, el agua caliente!

Levenia se alzó del suelo. Estaba empapada de agua. Contestó, cansadamente:

—Es el agua caliente el que está abierto.

Samuel volvió la cabeza, mirando el calentador de gas. Le dominó de nuevo el pánico. Soltando el tubo, del que continuaba saliendo agua fría, se acercó al calentador.

La llama se había apagado. Dio varias veces al encendido automático, sin éxito. Luego acercó la cara al mechero.

—¡No llega el gas! ¡Han cortado el tubo del depósito que está tras de la casa!

Levenia no pareció responder o comprender. La muerte de su hijo la había aniquilado. Extrañamente, Linda parecía más despierta. Fue ella quien repitió:

—Os digo que están subiendo.

Samuel llegó hasta la escalera. Las plantas, con su brillante verde renovado, ascendían reptando sobre los escalones, o pasando de un balaustré a otro. Avanzaban inexorablemente hacia ellos.

Ahora, después de presenciar cómo habían acabado con la vida de su hijo, Samuel conocía el verdadero peligro de aquella invasión verde esmeralda. Llamó a su esposa:

—¡Levenia..., venid, poneos tras de mí. Aún no hemos comprobado si han cubierto todas las fachadas. Vamos a esa otra habitación.

Las hizo retroceder, sin dejar de vigilar la escalera. Abrió una puerta. Correspondía a un cuarto que no se usaba más que como ropero.

Estaban allí ropas y cajas traídas por los Savaje de África. Incluso algunas cabezas disecadas de animales salvajes. La ventana estaba cubierta con la cortina. Samuel se acercó a ella, esperanzado.

Tiró del cordón. Y al ver las plantas tras del cristal maldijo entre dientes. Parecían en calma, pero al ser descubiertas, iniciaron su actividad, pegándose al cristal, aplastándose contra él.

—¡Vamos, salgamos, van a entrar!

Antes de que llegasen a la puerta, ya la ventana había sido destrozada y las ramas y flores penetraban en el cuarto. Salieron apresuradamente, cerrando la puerta.

Las puertas de los cuartos no eran, naturalmente, demasiado sólidas, tenían paneles y Samuel supuso que cederían fácilmente, más fácilmente quizá que las ventanas de vidrios dobles.

Abrieron otra puerta. Lo intentaron tan sólo, las plantas estaban allí mismo, junto a la puerta. Entonces Samuel cerró todas las puertas y quedaron solos en el corredor, esperando la aparición de las plantas que llegaban de abajo, del salón.

—¡No permitiré que nos atrapen, no lo permitiré!

Nerviosamente arrancó del suelo la alfombra, apilándola en el comienzo del pasillo. Luego quiso prenderla fuego.

—¡Nos quemaremos, Sam! —dijo Levenia.

—¡Imposible, no consigo que arda! ¡Maldita sea, es de fibra sintética, se deshace, pero no arde!

La alfombra se consumía bajo la llama, se enroscaba y fundía, pero sin llama. Al fin consiguió reducir una llamarada azulada y de mal olor.

Samuel, esperanzado, la empujó hacia la escalera.

En efecto, ante el pequeño fuego, las primeras avanzadas de las plantas se detuvieron. Samuel empezó a reír.

—¡No os gusta el fuego, ¿eh?! ¡Pues esto va a arder más!

La alfombra, en efecto, ardía ahora con bastante facilidad.

Samuel la empujó con los pies, lanzándola por la escalera. Las plantas parecieron iniciar una huida, se desplegaban a los lados para escapar por los balustres.

La alfombra había quedado detenida en mitad de la escalera y ardía. Entonces sucedió algo aún más extraordinario.

Del final de la escalera, donde la masa de plantas era más intensa, avanzaron varias ramas muy cubiertas de hojas, sin flores rojas. Eran ramas más gruesas.

Avanzaron hacia la alfombra que ardía y cayeron sobre ella.

Al momento, las hojas de fresco verdor se retorcían, se enroscaban oscureciéndose, completamente secas en unos instantes. Un olor penetrante a resina y hojarasca quemada se alzó. Luego otras ramas volvieron a acercarse, a pasar sobre la alfombra que aún ardía, deteniéndose sobre ella.

—¡Están dejándose quemar para terminar con el fuego! ¡Están tratando de apagarlo sacrificando parte de las ramas!

Así era, y las hojas antes de resecarse destilaban su jugo, y ahogaban las llamas con su propio peso antes de deshacerse en pavesas.

Vinieron otras ramas y también se colocaron sobre la alfombra.

Pronto las llamas se apagaron y sólo surgía humo de la alfombra y poco después, por falta de oxígeno, incluso aquel fuego sin llama había cesado.

¡La escalera quedaba de nuevo libre para el avance!

Samuel se quitó la chaqueta, gritando a las dos mujeres:

—¡Los vestidos! ¡Lo quemaremos todo si es preciso!

Un estallido violento se produjo tras de ellos. Una de las puertas acababa de saltar, todos los paneles salieron disparados al pasillo, quedando sólo el bastidor y los travesaños. Por los huecos dejados libres, asomaron las plantas, y alguna flor roja que perfumó el corredor con su intenso aroma a podredumbre.

Samuel comprendió que era inútil. Todo era inútil, salvo confiar en la fuga. ¿Por qué no podía pasar alguien por el camino del bosque y darse cuenta de lo que sucedía?

—El cartero. Quizá el cartero. Necesitamos ganar tiempo.

Al fondo del corredor estaba la pequeña escalera que conducía al desván. Ordenó a su mujer y a su hija:

—Venid. Cuidado con esas plantas.

Las que salían de la puerta destrozada iban a cubrir el corredor. Rastreaban aún por el suelo y Samuel echó sobre ellas una cortina.

Rápidamente, pasaron pisando en la cortina, sintiendo bajo sus pies el movimiento de la planta. En los huecos de la puerta, las enormes flores sanguinarias se balanceaban y siguieron su paso, como los girasoles siguen el curso del sol.

Pero pudieron llegar a la pequeña escalera. Cuando Linda, que iba la primera, abrió la trampa que daba paso al desván, otra de las puertas reventaba y al mismo tiempo por el hueco de la escalera irrumpían casi con alegría las plantas del salón.

—¡Corre, entra ahí! —dijo Samuel.

Linda desapareció en el desván. Levenia la siguió. En aquel momento todas las luces de la casa que estaban encendidas se apagaron. Cesó el ruido del refrigerador, el lejano zumbido de la

bomba de agua.

«Walpole Manor» había quedado prácticamente muerto, bajo el manto verde esmeralda de las plantas tropicales.

CAPÍTULO 13

EL desván tenía alto techo y estaba repleto de muebles y enseres. Savaje había comprado la casa con muebles, los cuales poco a poco, al no ser de su gusto, había ido arrinconando en el desván. No se trataba pues del pasado de Savaje el que allí se encontraba, sino el de unos desconocidos y anteriores dueños de la casa.

Había pesados baúles, horribles mesas y espantosas rinconeras.

Por otra parte, el suelo era también muy sólido, de gruesos tablones de roble bien unidos, con apenas perceptibles ranuras.

Samuel Cauley lo advirtió todo rápidamente. Sabía que bajo ellos, las plantas asesinas hervían y se disponían a atacarles. Sin duda, su calor les atraía, o su olor, o algún tipo de instinto.

—¡Vamos a poner sobre la trampilla todo lo que podamos, no conseguirán entrar aquí, esto es un fuerte, mirad el suelo!

Los tres, dominados por una nueva ansia de vivir, arrastraron pesados baúles, colocándolos sobre la trampilla. Apilaron luego encima de ellos todos los objetos pesados que pudieron encontrar, hasta formar una verdadera pirámide.

Cuando juzgaron que era suficiente, se sentaron, junto a la pirámide, sudando, respirando con ansia. Se miraban esperanzados.

—¡No podrán levantar eso, ni tampoco arrancar estas tablas del piso como si fueran cristales de ventanas o entrepaños de puerta! ¡Ya visteis que ni los bastidores ni los travesaños de las puertas cedieron, por lo tanto, estamos a salvo, sólo es preciso esperar, alguien se dará cuenta del fenómeno, es muy fácil que en teléfonos adviertan la avería y envíen a alguien a ver qué sucede! ¿No creéis?

Las mujeres asintieron. Miraban el montón de trastos, el borde de la trampilla, que habían dejado libre, a propósito, para vigilar si se movía.

Samuel aferraba un pesado atizador de chimenea. En el supuesto de que algún zarcillo lograra encontrar un hueco, lo machacaría. Había muy poca luz en el desván, apenas nada en realidad, y eso era una ventaja; cualquier ventana o ranura que hubiera permitido paso de la luz, habría dejado pasar también a los invasores.

—¡Escuchad! ¡Están aquí mismo, las malditas asesinas, están empujando!

Así era, podían escuchar el ruido de las ramas y de las hojas al rozarse, y oler el nauseabundo olor de las flores, mezclado a veces con un instante de aroma agradable, como de sándalo. Podían los tres imaginarse las lianas apretándose sobre la madera, como serpientes, las grandes flores húmedas goteando sus humores rojos, de sangre, los pétalos temblorosos...

Transcurrían los minutos. En el polvoriento desván, sólo se oía la respiración de los tres prisioneros, que escuchaban...

Continuaba el forcejeo de las plantas. Pero la trampilla, cuyo borde miraban los tres como fascinados, no se movía lo más mínimo.

Estaba construida con gruesa madera, sin resquicio alguno

—Lo vamos a conseguir, os lo digo...

Linda murmuró:

—Me parece...

—¿Qué?

—Un ruido, es como un motor...

Samuel se irguió, cerrando los ojos para concentrarse más en la escucha. Aunque los muros del desván eran de gruesa piedra, también pudo oírlo.

—¡Es un motor, sí! ¡La moto del cartero! ¡Estamos salvados, el cartero ha venido!

Levenia, también recuperada de su estupor, dijo:

—¡Esperemos que no se acerque a las plantas!

Samuel empezó a gritar:

—¡Estamos en el desván! ¡Pida ayuda, no se acerque, no se acerque a las plantas, pida ayuda, que vengan todos! ¡Pida ayuda! ¿Nos oye?

El ruido de la moto había cambiado de volumen y de ritmo, sin duda el cartero se había detenido. ¿Dónde? ¿Lejos? ¿Al alcance de las plantas? ¿Trataría quizá de abrirse paso entre ellas para llegar a la puerta?

—¡Dios mío, si se acerca, es hombre muerto, y nosotros también! ¡Es nuestra única esperanza! —dijo Samuel.

Bajo ellos había cesado el forcejeo de las plantas. Estaban también escuchando el ruido del motor, estaban esperando.

La moto continuaba funcionando. Claro que podía haberla dejado con el motor en marcha mientras se acercaba a la casa.

—¡Estamos aquí, en el desván! ¡No se acerque a las plantas, llame a los bomberos, el fuego las destruye! ¡Pida ayuda!

Samuel gritaba hasta sentir dolor en la garganta. Pero no sabía si era oído. Transcurrieron unos terribles minutos. La moto continuaba en marcha, Linda dijo:

—Creo que está gritando, ese hombre, me parece que llama al

Coronel.

—¡Si apagase el motor quizá nos oyera! ¡Oiga! ¡Le digo que esas plantas matan! ¡No se acerque, pida ayuda, a la Policía, al vecindario, que traigan algo que las arrase, una excavadora, un lanzallamas...!

Linda pidió a su padre que callase. Apoyada en el muro, escuchando

—Está gritando, sí.

—Al menos vive, no le han atrapado a él —murmuró Levenia.

El ruido de la moto cambió, se hizo más fuerte y acelerado.

—¡Se marcha! ¡Va muy de prisa, eso quiere decir que se ha dado cuenta de lo que sucede, estamos salvados, Levenia, Linda, estamos salvados, va a pedir ayuda!

Linda empezó a reír. Su risa ya no era agradable a causa de su deformado rostro. Pero realmente no se veían entre ellos, sólo sus sombras.

—Sí, es un chico listo, ha tenido que comprenderlo, la casa está cubierta por las plantas.

De nuevo las plantas rozaban la trampilla. Reanudaban el ataque. Pero no conseguían moverla, podían notarlo colocando las manos sobre el baúl, completamente quieto; ni siquiera vibraba.

Los tres estaban ahora en torno a los muebles, esperando. Levenia dijo:

—Si no hubieras hecho que el chico saltara, ahora estaría vivo. No te lo perdonaré nunca, Sam. Tú te crees muy listo, pero ya ves cómo ha acabado todo. Cuando lleguen las autoridades descubrirán los cadáveres.

—Cuando lleguen las autoridades tardarán muchas horas en descubrirlos, y para entonces nosotros ya habremos desaparecido. Eso no importa ahora. Lo único que importa es vivir. Tú ya estabas entregada antes, confiésalo. Y además, eres tú la inteligente, la que pensó en apoderarse de la herencia de Guilford, no yo.

—Sí, bajo tu autoridad y dirección. ¡Vaya un imbécil! Cuando salgamos de aquí, Linda y yo nos marcharemos juntas, me parece que ella piensa como yo, ya tenemos bastante del gran Samuel Cauley.

Linda les hizo callar.

—Callad de una vez. Hay un ruido nuevo..., no sé qué puede ser.

—El cartero tardará media hora en llegar al pueblo, y mientras reúne la ayuda y viene...

—Es en la casa...

Samuel palideció, apretando las manos sobre el baúl.

—¡Esto no se ha movido! ¡No han podido entrar!

—Pues oigo algo.

Samuel prendió un fósforo, mirando al suelo. Luego fue

prendiendo otros y recorriendo el desván, siempre mirando a las gruesas tablas. No vela nada extraño, no asomaba por parte alguna la maldita planta.

—¡Déjanos en paz con tus ruidos, Linda!

—¡Oigo un ruido, pá! —gritó Linda.

Samuel se irguió, tirando el último fósforo ya apagado. Entonces algo tocó su cuello. Se volvió.

—No me tropieces, Levenia.

—No estoy a tu lado. Estoy con la niña.

Samuel parpadeó. En el mismo momento su cuello fue rodeado por algo fino y poderoso. Lanzó un grito de horror, alzando las manos.

Antes de que las pudiera llevar al cuello, sus brazos fueron inmovilizados. Linda gritaba en aquel momento:

—¡En el techo! ¡Están entrando por el techo!

Samuel se sintió caer, le faltaba aire para respirar, algo tiraba de sus piernas. Pudo alzar la cabeza y un golpe de luz lo deslumbró.

—¡El maldito techo de barda, de hierbas secas!

El techo de «Walpole Manor», como de tantas casas de campo inglesa, era de largas hierbas de bardal, secas, colocadas a manojos sobre finas tablas. De aquel modo, aunque la armadura del tejado era de sólidas vigas de roble, entre ellas sólo había tablas y hierba seca.

¡Tablas y hierba seca! Una porción de ambas acababa de caer sobre el horrorizado Samuel, y por el boquete penetraban velozmente, alegremente, en catarata, las grandes hojas verde esmeralda con sus bordes de cuchillo prestos a desgarrar, las flores rojas dispuestas a lanzarse sobre las heridas, sobre la piel, para devorar glotonamente.

Samuel cayó de rodillas; decenas de zarcillos envolvían sus piernas y las primeras hojas empezaban a desgarrarle las ropas y la carne. Oía gritar a Linda y a su esposa.

No era posible escapar de aquella trampa en que voluntariamente se habían encerrado. Los pesados muebles cubrían la trampilla, los fuertes muros cerraban el paso.

Y del techo descendían nuevas ramas, abriendo boquete en la hierba y desprendiendo las tablas.

Samuel rugió de dolor cuando unas hojas cayeron sobre su rostro. Ya no oía los gritos de su esposa y de su hija, sentía cómo la sangre se escapaba de su cuerpo, percibió muy intensamente el olor de aquellas flores que olían a cadáver y que aún estando frescas y recién abiertas, también olían a descomposición vegetal.

Algo suave cayó sobre su rostro. No podía apartarlo ni veía ya, la sangre le cegaba. Una suavidad de terciopelo, exactamente como de terciopelo rojo, cubrió su rostro, antes de que un dolor horrible le hiciera perder el sentido.

La sangre de los tres cuerpos corría sobre las tablas, llegó a la trampilla, deslizándose por la finísima ranura.

Luego cayó en los escalones, deslizándose por el pasillo, espesa y muy roja.

Más tarde fue descendiendo por la escalera, en una pequeña cascada, junto a la balaustrada.

Fuera, en la verde y alegre llanura, había dejado de llover, y de pronto salió un sol vivo, el sol fuerte de después de las tormentas. Un arco iris cruzó de un lado a otro del bosque. Y conforme el sol se fue haciendo más intenso, «Walpole Manor», completamente cubierto de verde y lujuriosa vegetación, completamente de color verde esmeralda con rojas manchas de terciopelo, empezó a transformarse.

Porque las plantas que la lluvia había desarrollado en un estallido tropical, estaban casi repentinamente amarilleando, encogiéndose, desprendiéndose de las fachadas, cayendo a racimos del tejado, brotando de los huecos de las ventanas.

Quedaban amontonadas en los bancales, ahora ya marchitas, pudriéndose velozmente, desprendiendo un espeso vapor nauseabundo, como el que se levanta del suelo en las selvas tropicales después de las grandes lluvias.

Caían de golpe, al perder el poder de sujeción, descubriendo las fachadas de piedra rosada, los marcos de las ventanas, pintados de blanco y sin cristal alguno.

Algunos quedaban dentro de la casa, sobre los muebles, otros colgados de los huecos, como el musgo de los cipreses.

En unos minutos, y como si ya hubieran cumplido determinada misión que les fuera encomendada, la de destruir a los asesinos, las raras plantas de Barbada murieron, pudriéndose entre pequeños estallidos de su propio gas.

En el interior de la casa, la sangre procedente del desván continuaba fluyendo, descendiendo por la escalera, ya cruzaba el suelo del salón.

A lo lejos, al otro lado del bosque, un ruido de muchos motores se aproximaba, una caravana de coches y otros vehículos precedida por la estrepitosa moto del cartero.

Y en la casa, el pequeño río de sangre estaba ya cerca de la puerta. Pasaba junto a un cuadro caído en el suelo, un marco de plata en el cual había un retrato de dos personas sonrientes y felices.

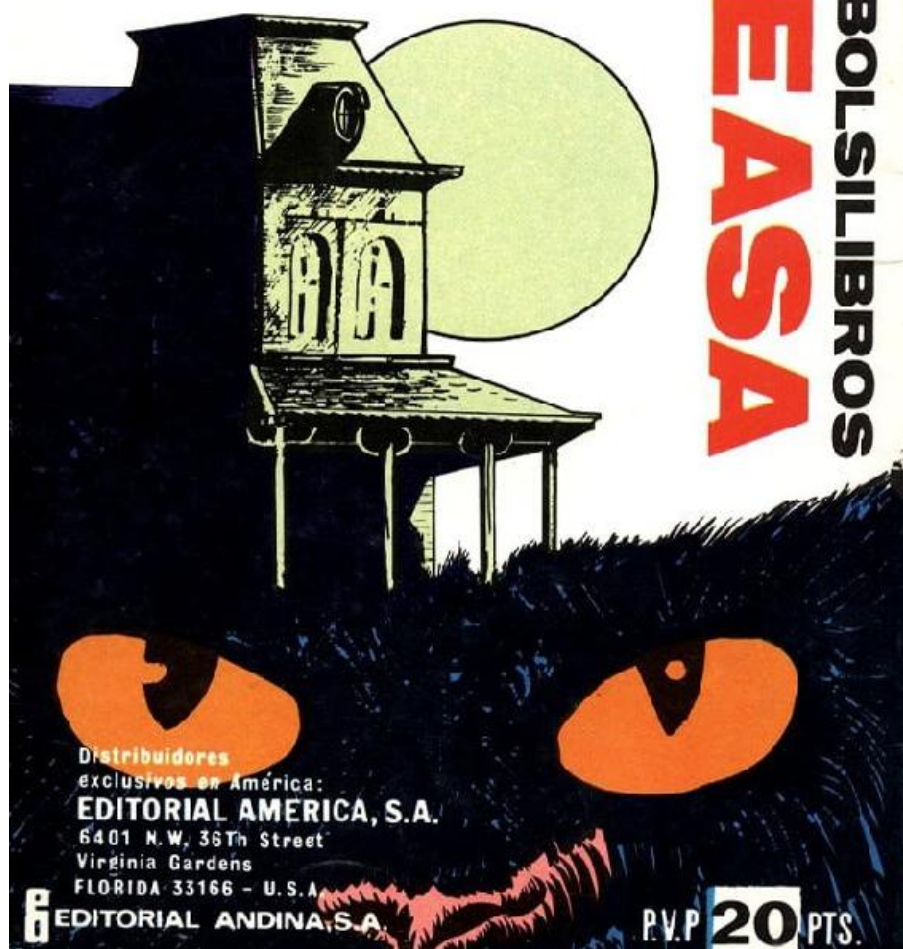
El retrato del Coronel Savaje y de su esposa, sonriendo ampliamente, mirando al frente. Sonriendo. Sonriendo... Sonriendo...

FIN

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores
exclusivos en América:
EDITORIAL AMERICA, S.A.
6401 N.W. 36th Street
Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.

EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.